

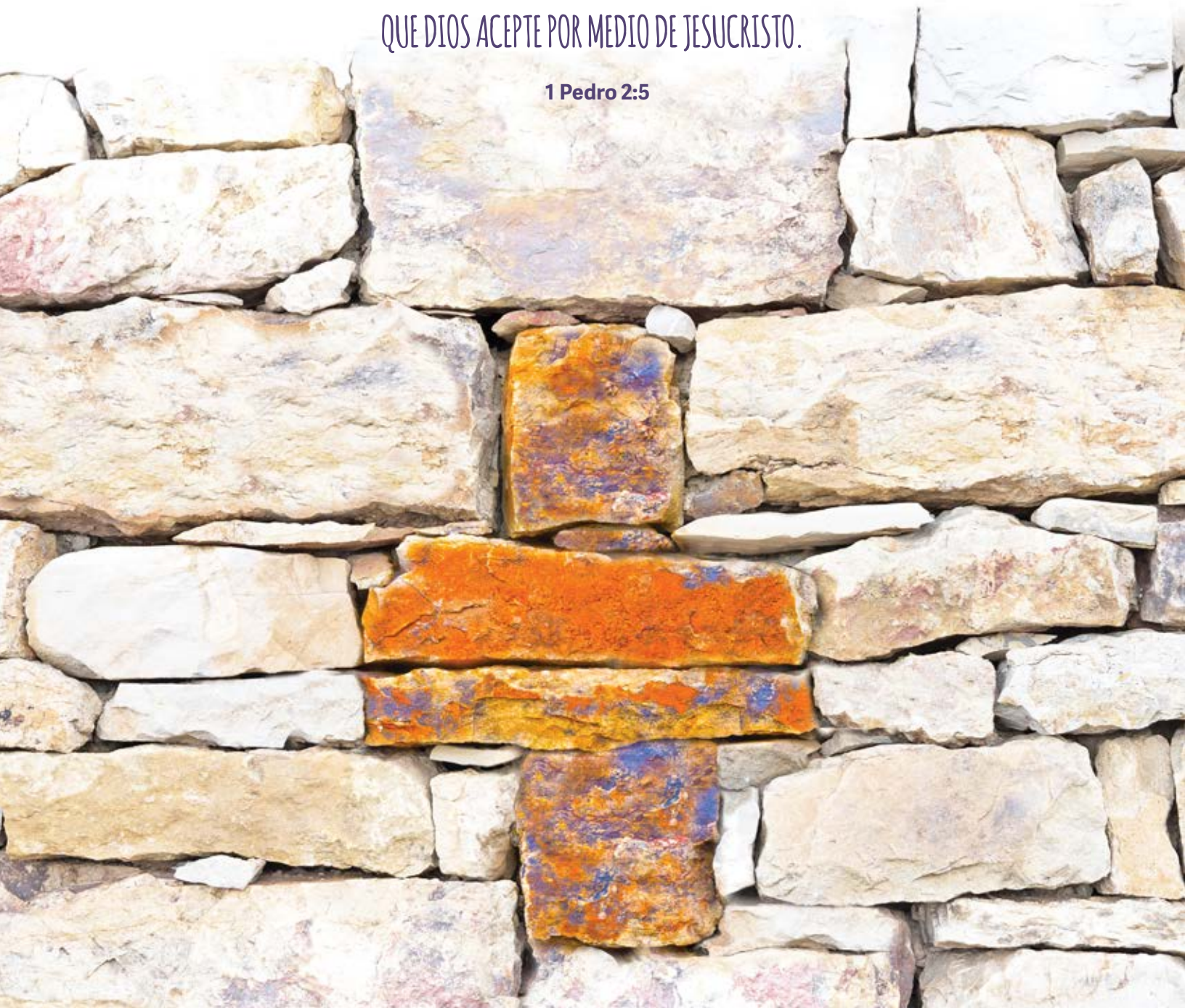
UN INFORME DE LA COMISIÓN EN TEOLOGÍA Y RELACIONES ECLESIASTICAS
IGLESIA LUTERANA — SÍNODO DE MISSOURI | SEPTIEMBRE DE 2018

EL SACERDOCIO REAL

IDENTIDAD Y MISIÓN

Y USTEDES TAMBIÉN, COMO PIEDRAS VIVAS,
SEAN EDIFICADOS COMO CASA ESPIRITUAL Y SACERDOCIO SANTO,
PARA OFRECER SACRIFICIOS ESPIRITUALES
QUE DIOS ACEPTE POR MEDIO DE JESUCRISTO.

1 Pedro 2:5



Abreviaturas utilizadas:

- AE *Luther's Works*, American Edition, ed. Jaroslav Pelikan, Helmut T. Lehmann y Christopher Boyd Brown, 75 vols., Filadelfia y St. Louis: Augsburg y Concordia Publishing House, 1955–.
- Ap Apología de la Confesión de Augsburgo
- ANF *The Ante-Nicene Fathers: Translations of the Writings of the Fathers Down to A.D. 325*, ed. Alexander Roberts y James Donaldson, repr. Peabody, MA: Hendrickson, 1995.
- BDAG Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature*, 3ª ed., Ed. Frederick Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000).
- FC SD Fórmula de Concordia: Declaración Sólida
- LC *El Libro de Concordia. Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*. Andrés Meléndez, ed. (Saint Louis, editorial Concordia, 1989).
- CMa Catecismo Mayor
- LXX Septuaginta
- NPNF1 *Nicene and Post-Nicene Fathers: A Select Library of the Christian Church*, series 1, ed. Philip Schaff (Peabody, MA: Hendrickson, 1995).
- Aes Artículos de Esmalcalda
- CMe Catecismo Menor
- WA *D. Martin Luther's Werke*, Weimar 1883–1929
- WA-Tr *D. Martin Luther's Werke*, Tischreden

© 2018 The Lutheran Church—Missouri Synod
1333 S. Kirkwood Road
St. Louis, MO 63122
888-THE LCMS • lcms.org

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida de ninguna forma o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de otra manera, sin el permiso previo por escrito de The Lutheran Church—Missouri Synod.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de Reina Valera Contemporánea® © 2009, 2011 de Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizadas con permiso. Todos los derechos reservados.

Foto de portada: Comunicaciones LCMS



EL SACERDOCIO REAL

IDENTIDAD Y MISION

INTRODUCCIÓN.....	1
I. EL TRASFONDO DEL ANTIGUO TESTAMENTO	3
II. “SACERDOTE” EN EL NUEVO TESTAMENTO	8
III. EL SACERDOCIO EN LA IGLESIA PRIMITIVA Y MEDIEVAL.....	21
IV. LA REFORMA DE LUTERO	31
V. CONCLUSIÓN.....	40

INTRODUCCIÓN

“Pero ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anuncien los hechos maravillosos de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable.” 1 Pedro 2:9

EN SU CONVENCIÓN DEL 2007, la Iglesia Luterana — Sínodo de Missouri (LCMS) adoptó la Resolución 1-03, reafirmando su compromiso con la doctrina del sacerdocio de todos los creyentes,¹ y le encargó a la Comisión en Teología y Relaciones Eclesiásticas (CTCR por sus siglas en inglés) preparar un documento de estudio que presente la enseñanza bíblica sobre el sacerdocio real junto con la doctrina de Lutero sobre la vocación, “a la luz de los desafíos actuales de la misión”. Por lo tanto, la resolución remarcó especialmente el papel de este sacerdocio en el dar testimonio del Evangelio de Cristo Jesús en un mundo caído.²

La Convención del 2016 de la LCMS adoptó la Res. 5-13: “Reafirmar la enseñanza de las Escrituras sobre el sacerdocio real y el oficio del ministerio público.” A su vez, también instó a completar el estudio solicitado en la Res. 1-03 del 2007, la cual declara: “Todos los cristianos, como sacerdotes elegidos, son los poseedores de las llaves del reino de Dios y son llamados en su Bautismo a

proclamar el Evangelio en sus vidas diarias.”³

La misma Convención también adoptó la Res. 13-01A, que incluye el recordatorio que, en el nuevo nacimiento en el Bautismo, todos los cristianos, como hijos de Dios en Cristo Jesús, poseen las llaves del cielo y son sacerdotes reales. Citando a Lutero, los creyentes son “clérigos verdaderos” cuya identidad no se les debe ser “quitada”, sino más bien “sacada a la luz”.⁴ Por lo tanto, todos los cristianos deben ser alentados en el llamamiento sacerdotal del “evangelismo y la tarea de divulgación, así como de misericordia, educación, visitas, etc., en nuestro contexto cultural cada vez más diverso y desafiante”.⁵ Con Lutero, la Res. 13-01A del 2016 también destaca la naturaleza complementaria del sacerdocio real con el Oficio del Ministerio Público, ya que “los ministros [son] elegidos de entre nosotros” para actuar “en nuestro nombre”.⁶

¹ Citando el *Brief Statement of the Doctrinal Position of the Missouri Synod* (1932), §30.

² La resolución le solicitó a la CTCR trabajar en consulta con la Junta de Misión (ahora Junta de Misiones Internacionales), resolviendo que el documento de la CTCR “sea usado por toda la iglesia, sus congregaciones y sus obreros eclesiológicos y por los seminarios y universidades de la LCMS en la instrucción de sus estudiantes acerca del sacerdocio real, especialmente en su relación con los incrédulos” (tercera resolución).

³ Primera resolución. La Res. 5-13 también afirmó una opinión de la CTCR del 2016 declarando que el evangelio es eficaz cuando es proclamado por un laico. (Ver “Opinion on Two Questions about Laity and Clergy” en <http://www.lcms.org/Document.fdoc?src=lcme&id=4173>.)

⁴ El cuarto “considerando”, citado de *Luther’s Works*, Vol. 38: *The Private Mass and the Consecration of Priests* (1533) (Philadelphia: Fortress, 1971), 187-88. A partir de aquí, las referencias a la American Edition de *Luther’s Works* tendrá solo el título de la obra seguido por la abreviatura AE con los números de páginas, por ej., *The Private Mass and the Consecration of Priests*, AE 38:187-88.

⁵ Segunda resolución.

⁶ El cuarto “considerando”, de *To the Christian Nobility of the German Nation Concerning the Reform of the Christian Estate* (1520), AE 44:127.

Dada la preocupación constante expresada en las resoluciones anteriores, parece evidente que toda la LCMS ve la necesidad de reafirmar la doctrina y el trabajo del sacerdocio real, especialmente con respecto a la constante tarea de alcanzar a los perdidos. Es la esperanza y oración de la Comisión que este estudio sea una herramienta útil para reafirmar el sacerdocio real de todos los cristianos en individuos y congregaciones y que sea un estímulo para que cada cristiano proclame “los hechos maravillosos de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 PEDRO 2:9B) de acuerdo con el llamamiento de cada uno.

Este documento de estudio busca resaltar la identidad especial de los cristianos ya que, dicho sencillamente, el sacerdocio real es la iglesia cristiana. Las Escrituras desarrollan de varias maneras la nueva identidad de aquellos a quienes Dios ha hecho suyos en el Bautismo.⁷ La obra de regeneración del Espíritu Santo es rica e integral, va más allá de simples fórmulas, ya que es algo completamente nuevo, una obra de nueva creación (2 Co 5:17; GL 6:15). Dios recrea por su gracia a quienes ha creado y puesto en este mundo en una variedad de roles para lograr sus propósitos y mostrar y hablar de ese amor salvador en Cristo. En resumen, el objetivo es recordarnos quiénes somos y en quién vivimos, nos movemos, y somos (HECHOS 17:28) y lo que eso significa a medida que avanzamos en nuestra nueva vida en Cristo. Para ir hacia esa meta, el lenguaje del sacerdocio es particularmente rico y digno de nuestro estudio.

La doctrina del sacerdocio real y la vocación sacerdotal de los “cristianos comunes” surge con tal fuerza de la teología luterana de la Reforma, que algunos pueden pensar que tales ideas comenzaron con Martín Lutero y los demás reformadores. El énfasis ciertamente se intensifica en el tiempo de Lutero, explotando virtualmente en su pensamiento y en la escena, pero solo porque encontró y se enfocó en un énfasis perdido en otros aspectos de la iglesia, el sacerdote y el sacerdocio. La Reforma no estaba innovando, sino reviviendo ideas tan antiguas como el primer llamado de Dios a los pecadores. Si bien en los albores de la Reforma la mayoría asoció “sacerdote” y “sacerdocio” con la tribu de Levi del Antiguo Testamento o con el clero ordenado en la iglesia del Nuevo Testamento, la Reforma reconoció y luego enfatizó

⁷ “Sacerdocio real” es uno de los muchos títulos para la iglesia cristiana, una, santa, católica y apostólica. Otros títulos incluye “discípulos” (MT 28:19); “rebaño de Cristo” (LC 12:32); “cuerpo de Cristo” (1 Co 12); “santos” (EF 1:1); “familia de Dios” (EF 2:19); “pueblo de Dios” (HEB 4:9); “nación santa” o “sacerdocio santo” (1 P 2:4-10); “reino de Dios” (AP 5:10); “novia de Cristo” (AP 21:9).

que en las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamentos, el término “sacerdote” se aplica, en realidad, a todos los que son renovados por las promesas de Dios en el Mesías prometido y en el Mesías que ha venido.

Antes de continuar con nuestro estudio, deseamos evitar un posible malentendido con este documento. Un énfasis en el sacerdocio real y el trabajo de los bautizados que proclaman las excelencias de Dios puede llevar a algunos a suponer que no hay necesidad del ministerio (para el oficio de predicar públicamente el Evangelio y administrar los sacramentos en nombre de la iglesia). Si no hay un equivalente exacto de un sacerdocio levítico en la iglesia del Nuevo Testamento, como mostraremos, ¿existe algún Oficio del Ministerio Público? ¿Es tal cosa necesaria cuando hay un sacerdocio vibrante de todos los bautizados? No debe haber ninguna duda sobre las respuestas afirmativas a estas preguntas. Sí, el Nuevo Testamento no solo habla del llamado de todos los creyentes a compartir el Evangelio, sino que también habla enfáticamente, y con frecuencia, de la institución divina y la necesidad de un oficio particular y designado. Todos enseñan a su manera, pero no todos son, o deberían ser, maestros o predicadores o pastores u obispos para la proclamación y administración “pública” del Evangelio en nombre de la iglesia o sus congregaciones (EF 4:11; STG 3:1; 1 Co 12:29).⁸ Nuestro Sínodo ha articulado enfáticamente el entendimiento correcto del Oficio del Ministerio Público y nada de lo que decimos aquí debe suponer que está en oposición a esa doctrina. El sacerdocio real y el Oficio del Ministerio Público no están en conflicto entre sí.⁹

⁸ “Público” en el término “Oficio del Ministerio Público” es usado de una manera particular. Aunque el adjetivo “público” generalmente implica algo abierto a todos, en otras referencias el término público (latín: publice) implica una acción destinada a la comunidad toda. (Ver *La Real Academia Española* en <https://dle.rae.es/?id=UYbbTs8>). Es en este sentido que hablamos de ministerio público. Quien obra en el Oficio del Ministerio público, lo hace en lugar del todo y con el consenso del todo.

⁹ La LCMS ha encarado el asunto del Oficio del Ministerio Público en numerosas ocasiones, más notablemente adoptando las tesis de Walther sobre La iglesia y el oficio del ministerio (en 1851 y nuevamente en 2001). Ver *The Church and the Office of the Ministry: Kirche und Amt; The Voice of Our Church on the Question of Church and Office* (St. Louis: Concordia Publishing House, 2012). Además, hay varios informes de la CTCR que conciernen al ministerio: *The Ministry in Its Relation to the Christian Church* (1973); *The Ministry: Offices, Procedures, and Nomenclature* (1981); *Theology and Practice of the Divine Call* (2003).

I. EL TRASFONDO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

“Ustedes han visto... cómo los he tomado a ustedes y los he traído hasta mí sobre alas de águila. Si ahora ustedes prestan oído a mi voz, y cumplen mi pacto, serán mi tesoro especial por encima de todos los pueblos, porque toda la tierra me pertenece. Ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y un pueblo santo. Estas mismas palabras les dirás a los hijos de Israel.” Éxodo 19:4-6

A **LESCUCHAR LA PALABRA** “sacerdote”, la mayoría de las personas probablemente piensan en el ministro de una Iglesia Católica Romana o tal vez episcopal. Y, si de niños fuimos a la escuela dominical, la combinación de “Antiguo Testamento” y “sacerdote” puede evocar la imagen de una figura majestuosa y barbuda con atuendo exótico de una de las lecciones: un sacerdote de la tribu de Levi. Quizás el sacerdote está parado ante un altar sacrificando un cordero u otra ofrenda y en el fondo puede estar representado un tabernáculo o un templo. Tales imágenes encajan con las definiciones de sacerdote que se encuentran en un diccionario común. El entendimiento básico de sacerdote que uno encontrará allí es “un ministro de alguna religión”.

La referencia de Pedro a los hijos e hijas de Dios como “un sacerdocio real” (1 PEDRO 2: 9) se basa en un rico trasfondo con profundas raíces en el trato de Dios con su pueblo del Antiguo Testamento. Pero esos sacerdotes individuales que dirigen la adoración no son el trasfondo que acabamos de esbozar. Cuando Israel llegó al Sinaí, antes de que el Señor diera su ley o estableciera el sacerdocio levítico con todas sus responsabilidades para dirigir el culto de Israel, le encargó a Moisés:

Habla con la casa de Jacob. Diles lo siguiente a los hijos de Israel: “Ustedes han visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo los he tomado a ustedes y los he traído hasta mí sobre alas de águila. Si ahora ustedes prestan oído a mi voz y cumplen mi pacto, serán mi tesoro especial por

encima de todos los pueblos, porque toda la tierra me pertenece. **Ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y un pueblo santo.**” (Ex 19:3-6, énfasis añadido)

Por lo tanto, el sacerdocio real tiene su comienzo evidente con el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, antes que existieron los sacerdotes levíticos que tendemos a relacionar con el sacerdocio del Antiguo Testamento. Sin embargo, antes de abordar los detalles del “sacerdocio real”, es importante saber qué es un sacerdote. El primer sacerdote que se menciona con ese título en las Escrituras es el misterioso Melquisedec, “sacerdote del Dios Altísimo”, quien bendijo a Abrán en el nombre de Dios y le suministró pan y vino (GN 14:17-20). A medida que se desarrolla el sacerdocio en el Antiguo Testamento, vemos que es una obra de mediación: ofrecer “dones y sacrificios por el pecado” (por ej.: LV 6:1-7; CF. HEB 5:1), ofrecer súplica y oración (p. ej.: ESD 9:5-15; CF. HEB 5: 7) y proclamar las bendiciones de Dios (DT 27:9-28:68; MAL 2:1-7; HEB 7:1).

Lutero lo resume bien:

De acuerdo con la forma en que las Escrituras lo describen, un sacerdote es una persona a quien Dios ha ordenado y pedido que medie entre Dios y los hombres. Es decir, *un sacerdote viene de Dios y nos trae su Palabra y doctrina; nuevamente, se presenta a Dios para ofrecer sacrificio y orar por nosotros.* Por lo tanto, el oficio sacerdotal consta de tres partes: enseñar o predicar la Palabra de

Dios, ofrecer sacrificio y orar. Estas tres funciones se mencionan muchas veces en las Escrituras.¹⁰

Dado este triple trabajo de mediación (sacrificio, oración y proclamación) podemos ver el sacerdocio ya obrando mucho antes del Sinaí, antes de la declaración del sacerdocio real de Israel y antes del establecimiento del sacerdocio levítico, con sus numerosas responsabilidades para el culto de Israel. Lutero ve esto claramente, haciendo énfasis en Génesis 4:3 donde se menciona el primer sacrificio de la Escritura:

En primer lugar, se nos recuerda aquí que Adán y Eva, como padres piadosos, predicaban a menudo y mucho a sus hijos sobre la voluntad y la adoración de Dios, ya que ambos traen una ofrenda a Dios.¹¹

Y luego establece una conexión directa con el sacerdocio:

Pero en relación con este pasaje que el lector reflexione, sobre todo, sobre lo siguiente: Adán y Eva no solo son padres, ni solo les proveen a sus hijos y los educan para esta vida presente, sino que *también cumplen el oficio de sacerdotes*. Puesto que están llenos del Espíritu Santo y están iluminados por el conocimiento de Cristo, que vendrá, ponen ante sus hijos esta misma esperanza de una futura liberación y los exhortan a mostrar su gratitud a ese Dios tan misericordioso. Es evidente que los sacrificios que fueron legados no tenían otro propósito.¹²

El sacrificio de Abel, y más tarde los de Noé, fueron ofrendas de agradecimiento sacerdotal (Gn 4:4 y 8:20).¹³ La

¹⁰ Sermón sobre el Salmo 110, AE 13:315; énfasis agregado. Note también esta característica de la función del sacerdote: “La función esencial del sacerdocio levítico es, por lo tanto, asegurar, mantener y constantemente restablecer la santidad del pueblo elegido de Dios (cf. Ex 28:38; Lv 10:17; Nm 18:1)” (“Priests and Levites,” *Interpreter’s Dictionary of the Bible* vol. 4 [Nashville: Abingdon, 1962], 877–78).

¹¹ *Lectures on Genesis: Chapters 1–5*, AE 1:246

¹² *Lectures on Genesis: Chapters 1–5*, AE 1:247 (énfasis agregado).

¹³ Lutero compara a Abel y Caín como sacerdotes señalando que, en apariencia, el sacrificio de Caín podría ser más impresionante: “Pero el veredicto de la Epístola a los Hebreos es diferente: declara que, debido a su fe, Abel trajo la ofrenda más excelente (HEB 11:4). El error no estuvo en la ofrenda, sino en la persona que llevó la ofrenda. La fe del individuo fue lo que agregó valor a la ofrenda de Abel, mientras que Caín arruinó la suya. Abel cree que Dios es bueno y misericordioso; por esta razón, su sacrificio es agradable a Dios. Caín, por el contrario, confía en el prestigio de su primogenitura, pero desprecia a su hermano como un ser insignificante y sin valor. ¿Cuál es, entonces, la decisión de Dios? Le da al primogénito la posición del nacido segundo, y al nacido segundo la posición del primogénito. Dios mira la ofrenda de Abel y muestra que el sacrificio de este sacerdote le agrada, pero que Caín no le agrada y no es un verdadero sacerdote” (*Lectures on Genesis: Chapters 1–5*, AE 1:251).

promesa a Abrán incluía la seguridad de que la bendición de Dios sería *mediada* a todas las naciones a través de él y su familia. El mismo Abrahán ofreció un sacrificio sacerdotal con el cordero provisto por el mismo Yahvé, y así redimió a Isaac (Gn 22) y, a través de él [Dios] preservó la línea mesiánica cuya semilla redimiría al mundo (ver Gl 3:16). A lo largo de la historia de Génesis, el pueblo de Dios se involucró en la obra sacerdotal de oración y proclamación; por un lado, respondían en oración e intercesión al Señor Dios que los había llamado a sí mismo (p. ej.: Gn 18:16-33; 20:17; 21:14-21; 24:42-45; 25:21; 32:9-12) y, por otro lado, transmitieron sus promesas y expectativas a las futuras generaciones (ver especialmente Gn 24:6-8; también la bendición de Jacob sobre sus hijos en Gn 49).

Por lo tanto, aunque Dios aplicó el título particular de “sacerdotes” a su pueblo en Éxodo 19 (el sacerdocio levítico formal se establecería varios capítulos más adelante para un trabajo específico), su reino de sacerdotes había estado realizando el trabajo desde que Dios había estado obrando con y para los pecadores, esto es, desde que Dios había estado obrando para redimir a las personas y mostrar su gracia a los demás. Aunque el término “sacerdote” no se utilice, la función y el trabajo siguen allí. Pero ese trabajo sacerdotal no es meritorio, como si la familia patriarcal ganara su estatus por su propia santidad inherente. No, el franco registro de las narraciones patriarcales revela a esos hombres y sus familias como pecadores. En vez de un registro de superhumanos morales, las Escrituras revelan que el Señor obra proveyendo y llamando por su gracia.

Que en Éxodo 19 Dios llamara a *todo* Israel sus sacerdotes también deja en claro que su estatus de pueblo especial no vino por su cuenta, sino porque *él los* había apartado. *Él* había sacado literalmente a todo Israel de la esclavitud y los había traído a sí mismo. No solo los había liberado de Egipto, sino también de ellos mismos y de su pecado. Habían sido liberados para vivir en servicio sacrificial, adoración y testimonio de él.¹⁴ Aparte de Dios no había sacerdocio (ni vida). Todo lo que eran y harían no era “para convertirse en su pueblo”, sino “porque eran su pueblo”.

La clave de esta respuesta no era simplemente la adoración pública y alabanza en acción de gracias. La alabanza surgía de la *totalidad de las vidas* del pueblo de Israel como sacerdotes santos, apartados de las naciones

¹⁴ Note Éxodo 7:16: “Y dile [al faraón] ‘El Señor, el Dios de los hebreos, me ha enviado a decirte: ‘Deja ir a mi pueblo al desierto para que me sirva’, pero hasta ahora no has querido hacer caso’”.

vecinas (Ex 19:5). Y se distinguirían no solo como una “gran nación” (Gn 12:2), sino también como una “nación santa” (Ex 19:6).

Si bien nos enfocamos en Israel como el pueblo especial de Dios, sería un error pensar que las promesas de Dios existieron solo para Israel. Aunque el pueblo de Israel había sido elegido y sacado de Egipto, las promesas de salvación se extendían más allá de Israel y se ofrecían a todos los que obedecieran la Palabra de Dios.¹⁵ Como sus sacerdotes, el mismo Israel serviría como mediador: un faro y una lámpara para todas las naciones. Isaías 61:5-6 lo dice así: “Los extranjeros cuidarán de las ovejas de ustedes, y les servirán en sus campos y en sus viñas, y ustedes serán llamados sacerdotes del Señor y ministros de nuestro Dios” (énfasis agregado). El Salmo 145:10-12 también atestigua del papel desempeñado por todos los fieles de Israel:

Señor, ¡que toda tu creación te alabe!
¡Que te bendigan todos tus fieles!
¡Que proclamen la gloria de tu reino!
¡Que den a conocer tu poder!
¡Que conozcan todos tus hechos poderosos
y la gloriosa majestad de tu reino!

Todo esto es necesario para una consideración precisa del sacerdocio en el Antiguo Testamento y para reconocer que la obra sacerdotal existe aparte del término.¹⁶ En Éxodo 19, Dios primero llamó a Israel de “reino”, es decir, un pueblo reunido y organizado por él y en él como su Rey (Ex 15:17-18), el Rey que está sobre todas las naciones. Y, con esa referencia a todo un pueblo, el concepto de “sacerdote” de Éxodo 19 va más allá de la imagen de la escuela dominical y está ricamente cargado con la teología que sentó las bases para el antiguo Israel y que luego repercute a través del sacerdocio real del Nuevo Testamento de 1 Pedro 2. Si ignoramos las ideas y significado más amplios, corremos el riesgo de al menos empobrecer, si no distorsionar, nuestra comprensión de lo que Dios quiere que sepamos sobre quién ha sido su pueblo y quién es ahora. Teniendo en cuenta esta identidad, vemos entonces lo que Dios quiere que ellos (y nosotros) hagamos.

¹⁵ Esta fue la intención de Dios desde el comienzo de la historia de Israel. Ver Gn 12:3; también Ex 12:48-49; Nm 9:14; 15:13-16; 1 R 8:41-43; Is 56:6-8; 60:1-3; y ejemplos: Rajab (Jos 2 y 6), Rut (Rut 1-4), y los ninivitas (Jon 1-4). Deuteronomio 4:6-8 provee la reacción que se pretendía de las naciones al testimonio de Israel.

¹⁶ Como se dijo antes, en las páginas 4 y 5. De manera similar, la Trinidad existe y está obrando sin importar que el término esté presente. Volveremos a esta importante distinción entre sacerdote y función/obra.

Cuando en Éxodo 19 Dios llamó a todo Israel su reino de sacerdotes, dejó en claro que esa identidad noble le fue otorgada por gracia, una realidad que continúa cada vez que Dios agrega a su “gran nube de testigos” (Heb 12:1). La inmerecida bondad y misericordia (la pura gracia de Dios) que se enseña desde el momento de la Caída (Gn 3:15), también se asegura en Éxodo 19: *Dios inicia, él promete, él perdona, él redime*. Como se ve constantemente y de manera consistente en las Escrituras, los verbos de salvación y los motivos de redención tienen a Dios como actor, el hacedor obrando sobre las personas. Ningún estatus se alcanza de abajo hacia arriba. Por lo tanto, el sacerdocio en las Escrituras, del tipo que sea, también es un don, una bendición otorgada por gracia a las personas llamadas a tener una relación con Dios *para llevar a cabo su voluntad*, para ser *sus* instrumentos: “nadie puede tomar este honor por cuenta propia” (Heb 5:4).

“Llevar a cabo” (llevar a cabo una tarea, cumplir la voluntad de Dios, etc.) es el lenguaje de un siervo. Dios nombra “sacerdotes” a su pueblo, en un otorgamiento de gracia por su iniciativa. En esta identidad, también los llama a una vida significativa. De hecho, los “sacerdotes” deben servir los buenos propósitos de Dios. Hablando bíblicamente, servir puede ser una forma de adoración. Así que los sacerdotes son el “tesoro especial” de Dios que escuchan su voz y guardan su pacto (Ex 19:5). Un sacerdote escucha y mantiene el pacto y nunca se queda solo porque sirve dentro del pueblo del pacto. Sirve a aquel que hizo a los sacerdotes lo que son y sirve no para sí mismo, sino para todos los demás dentro del pacto. Y como pueblo de Dios, eran servidores y mediadores de la salvación de Dios al mundo. Hacia los demás, la tarea más importante del sacerdote era, hablando en términos generales, enseñar, o sea, dar testimonio con la propia vida de esa identidad creada por Dios, y declarar lo que Dios había hecho y sigue haciendo tanto por ese “sacerdote” como por otros.

Esa tarea de enseñar ha existido desde Génesis, cuando lo que Dios dijo e hizo le fue dado a Adán y Eva para que lo recordaran y repitieran. Ellos también eran sacerdotes que realizaban su trabajo y llevaban adelante la revelación de Dios, sirviendo tanto en un sentido restringido como amplio de liturgia.¹⁷ Eran sacerdotes como cualquier otro y todos los que fielmente se hicieron

¹⁷ El comentario de Melancthon sobre el término “liturgia” es de valor aquí, porque muestra que la palabra no tiene que ser entendida solo en el sentido limitado en términos puramente de culto. Apl XXIV 78-88, *El Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*, ed. Andrés Meléndez (St. Louis, Concordia), 266-68. De aquí en adelante LC.

eco de lo mismo en las generaciones que siguieron. Tal adoración le repite a Dios lo que él nos dice a nosotros, ya que confiesa la fe y luego audazmente pide sus beneficios. Decir el mensaje y las promesas a otros también es obra de Dios, también es liturgia, en términos generales. Esta relación y obra también es sacrificial en un sentido amplio, recordando y transmitiendo lo que Dios dio en su entrega de gracia y misericordia, sirviendo como sacerdotes tanto antes como más allá de todo lo estrictamente levítico. Es un sacrificio hecho en alegría que no empobrece, sino más bien enriquece a quienes se dan en servicio.

En Éxodo 19, Dios busca convencer a Israel de esta identidad sacerdotal. Sin embargo, incluso cuando Dios claramente los llama su reino de sacerdotes, Israel vacila. En Éxodo 20, Israel todavía le pide a Moisés que inter venga. Como el pueblo le dice a Moisés (versículo 19): “Si tú hablas con nosotros, te escucharemos; pero que no hable Dios con nosotros, porque tal vez moriremos.” Con razón reconocen o confiesan su incapacidad para presentarse ante Dios por su cuenta. Semejante cobardía es quizás comprensible. ¿Quiénes eran ellos para presentarse ante un Dios así? Pero esto no era algo que habían tomado en sus propias manos. Más bien, Dios había invitado y establecido la relación. No le habían arrebatado a Dios tal identidad. Él se las había otorgado, llamándolos un reino de sacerdotes. Es realmente una buena noticia para aquellas personas que Dios elige y hace suyas, pero también intimidada.

Unos pocos capítulos más tarde, Israel establecería un sacerdocio de la tribu de Levi, sacerdotes que servirían como intermediarios o mediadores en la adoración formal. La tribu entera mantendría el Tabernáculo y sus alrededores, sirviendo como sustitutos de los hijos primogénitos (Nm 3:12-13; Dt 10:8). De entre los levitas, Aarón y sus hijos debían ofrecer los sacrificios diarios y anuales del pueblo (Ex 28; Lv 1:7-8). Y solo el sumo sacerdote representaría a todo el pueblo, haciendo una expiación anual por todos los pecados en el Lugar Santísimo (Ex 28:29; Lv 16:32-34). Pero esos sacerdotes no solo debían mirar hacia Dios, sino también hacia el pueblo, a quienes estaban a su alrededor, recordándole a Israel su relación actual y la obra del Mesías aún por venir. Cuando ofrecían sacrificios también enseñaban (ver Dt 33:10), porque la adoración de Israel era cuidadosamente instructiva: dada por Dios, y dándolo a conocer dentro de Israel y por medio de Israel a las naciones cercanas.

De hecho, lo que los sacerdotes levitas hacían formal y públicamente era también lo que había sido establecido

para que todo Israel hiciera diaria y constantemente. Recordemos nuevamente el trabajo sacerdotal registrado en Génesis: Noé (8:20), Abrán (13:18), Abrahán (renombrado en 21:33). Lo que estos gigantes de la fe habían hecho por sus familias y como testimonio a todos los que veían, el sacerdocio levítico formal también lo haría en un entorno de adoración pública. Sin embargo, las responsabilidades levíticas no pusieron fin a esa identidad y al trabajo dado a todo el reino de sacerdotes en Éxodo 19.

Por lo tanto, podemos ver la *doble* naturaleza del sacerdocio: (a) Todo Israel fue llamado a la posición sacerdotal ante Dios y para la mediación, especialmente en nombre de sus generaciones futuras y en nombre de las naciones vecinas: los gentiles; pero internamente (b) hubo sacerdotes dentro de Israel que mediaron en nombre de Israel, administrando los sacrificios de perdón y gracia, proclamando, enseñando y orando. Todo era servicio sacerdotal de Dios y para las personas, hecho en diferentes lugares y formas.

Desde el principio, la revelación de Dios a su pueblo fue una revelación de gracia, y la identidad del pueblo descansó en ese favor continuo de Dios que fue sellado con su promesa de fidelidad en el pacto. Pero en el camino hay escollos, quizás el mayor de los cuales es olvidar en qué se basa esa relación. Por lo tanto, con demasiada facilidad Israel podía enorgullecerse creyendo que poseía algo inherente que había atraído a Dios hacia ellos y había hecho que fueran elegidos por él (ver Dt 7:6-8). Tal actitud es humana y perenne. Lutero lo notó en sus Tesis de Heidelberg # 28: “El amor de Dios no encuentra, sino que crea lo que le agrada. El amor del hombre nace a través de aquello que le agrada.”¹⁸ Una versión más coloquial del punto de Lutero: No *somos* dignos de ser amados, pero *somos hechos* dignos de ser amados por el Dios que ama.

Además, el pueblo se arriesgó a malinterpretar su identidad como un privilegio exclusivo de ellos y de nadie más. Como el Antiguo Testamento tristemente relata, el antiguo Israel parecía olvidar demasiado a menudo que no habían sido pueblo hasta que Dios, por gracia, los había convertido en lo que eran y los había mantenido así. Al escuchar las advertencias de las tentaciones de los falsos dioses de las naciones, y conscientes de la brutal realidad del pecado de los gentiles, perdieron el rastro de que la promesa de la misericordiosa bendición que trajo a la vida la familia de los patriarcas (su familia) resultaría en una bendición para todas las naciones (Gn 12:1-3; 26:4-

¹⁸ AE 31:41.

5). La historia del Antiguo Testamento solo ocasionalmente indica algún reconocimiento por parte del pueblo de Dios de que estaban a cargo de una misión universal con un mensaje muy específico.

Hay otro elemento más relacionado con el sacerdocio en el Antiguo Testamento que es vital para nuestra consideración. La historia del servicio sacerdotal por parte de Israel, tanto como reino de sacerdotes como por los sacerdotes levíticos ordenados, es una historia de fracaso y, a menudo, califica como apostasía.¹⁹ Por lo tanto, todo el servicio de Israel se basó en la relación fundamental de la promesa de Dios de un “Siervo” fiel del Señor (Is 42:1-9; 49:1-13; 50:4-11; 52:13-53:12) quien cumpliría el servicio que Israel no podía lograr. La fidelidad del Siervo conllevaría sufrimiento y, como tal, un servicio sacerdotal, pero no a la manera de Aarón. El Siervo sufriría en sacrificio *propio*, ofreciéndose a *sí mismo* por el pecado (Is 53:10), silencioso como un cordero (53:7), soportando todas las aflicciones, dolores, transgresiones, iniquidades y castigos (53:4-5) porque “el Señor descargará sobre él todo el peso de nuestros pecados” (53:6).

La necesidad de ese Siervo está implícita en la proclamación de la ley y el juicio de los profetas del Señor, desde Moisés hasta Malaquías. Y las promesas del Siervo se refieren a él con muchos títulos y referencias además de “Siervo”. La Palabra promete la semilla de Eva (Gn 3:15), hijo y descendiente de los patriarcas (Gn 12:3; 17:19; 28:14), gobernante de Judá y Belén (Gn 49:10; MIQUEAS 5:2), profeta como Moisés (Dt 18:15-18), rey eterno (2 S 7:12-13), Emanuel (Is 7:14), Hijo del Hombre (Dn 7:13-14), el que hace la voluntad de Dios (SAL 40:6-8) y, por supuesto, el Mesías, el Ungido de David (1 R 2:4; JER 23:5-6; 33:14-18; Is 11:1; Ez 34:20-24).

Sin embargo, se debe mencionar un título más para el prometido Siervo davídico. Como lo indica el título de Siervo en Isaías, también es sacerdote, “un sacerdote para siempre”. Anteriormente nos referimos a la misteriosa aparición de Melquisedec en Génesis 14. Luego reaparece en uno de los grandes salmos mesiánicos del salterio, el Salmo 110, donde se declara que es el patrón

[tipo] del *Señor* y sacerdote real eterno que se sienta a la diestra del Señor.²⁰ En ese sacerdocio real según la orden de Melquisedec, será que todas las promesas de Dios habrán de encontrar su cumplimiento.

Si bien el idioma hebreo no tiene tiempos verbales como en español (pasado, presente y futuro) las traducciones funcionan bien cuando captan un sentido futuro, un punto de vista prospectivo. Entonces, cuando Éxodo 19 se traduce como “serás para mí un reino de sacerdotes”, se nos está diciendo, en efecto, que si bien Dios había obrado para que el pueblo llegara a ese punto, no había terminado de obrar y las cosas aún no habían terminado. Si bien Israel pertenecía a Dios sin lugar a duda, tanto el pueblo, como Dios mismo, señalaban hacia adelante, ya que las promesas del Siervo Mesías aún no se habían cumplido. En él (el Sacerdote real eterno), el llamado de Israel como sacerdocio de parte de Dios será resuelto en el sacerdocio universal de todos los creyentes justificados antiguos y nuevos.

¹⁹ Uno de los ejemplos más claros de apostasía sacerdotal es el caso de los hijos de Elí (1 S 2). El juicio de Dios es una revocación de la promesa divina de continuar el sacerdocio aarónico a través de Elí (vv. 30-36). Agustín sugiere que la instalación de Samuel fue solo un cumplimiento parcial de la profecía a Elí y que su cumplimiento completo se lograría solo en Cristo y su sacerdocio: “Nadie que mira estas profecías con el ojo de la fe puede dejar de ver que se han cumplido. Por ahora, sin duda, no se ha dejado ningún tabernáculo a los judíos, no hay templo, no hay altar, no hay sacrificio y, por lo tanto, no hay sacerdocio” (*Concerning the City of God against the Pagans*, trans. Henry Bettenson [New York: Penguin Books, 1972], 17.5.725).

²⁰ Hechos nos recuerda que este salmo no puede ser sobre David (2:34-36). Toda confusión potencial desaparece cuando el autor de Hebreos identifica claramente al Señor Jesús como quien cumple la orden de Melquisedec con toda su gloria como el “Gran Sumo Sacerdote” (ver HEB 5:5-10; 6:19-7:17).

II. “SACERDOTE” EN EL NUEVO TESTAMENTO

“Pero ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anuncien los hechos maravillosos de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable.” 1 Pedro 2:9

ESE CUMPLIMIENTO HA LLEGADO.

Es la venida del Siervo, la Semilla, el Hijo y la descendencia y sí, el Profeta, el Rey y el Sacerdote eterno. Su venida, siguiendo la promesa de Dios, es la buena palabra del Evangelio, porque él es Dios con nosotros como el Hijo ungido del Hombre, sirviendo y salvando a las personas. Su venida es el cumplimiento de todas las promesas dadas a Israel, la justicia que Israel falló en ofrecer, la expiación que fuera anticipada en cada sacrificio, la victoria sobre la muerte y cada mal y el gobierno poderoso que logra el anhelado reino.

Así es como Dios sirve y como su pueblo también sirve como sus sacerdotes, viviendo en testimonio, enseñando la necesidad de la misericordia de Dios y de sus promesas de salvación. La obra prometida en el Siervo, que es Rey y Sacerdote, crea el reino de los sacerdotes. Su servicio sacerdotal siempre está basado en él. Él hace que su pueblo sea lo que es: “Por eso somos sacerdotes, así como él es Sacerdote; hijos, así como él es Hijo; reyes, así como él es Rey”.²¹

1. Promesas cumplidas

Hablar de “nuevo” y “viejo” implica contraste, pero deja abierto el tipo de contraste. Podría contrastar el error y la verdad: las ideas falsas y antiguas, con las verdades que ahora son evidentes. El contraste del Antiguo y Nuevo Testamento no es de ese tipo. Cuando miramos a los

“sacerdotes” y al “sacerdocio” en el Nuevo Testamento, algunos aspectos siguen siendo los mismos mientras que otros son significativamente diferentes. Este es el Nuevo Testamento. Sin embargo, es nuevo no como una corrección de algo que era incorrecto, sino nuevo en una promesa (profecía) y su cumplimiento. El Nuevo Testamento deja en claro el carácter preparatorio del Antiguo Testamento.

El *Nuevo Testamento* depende completamente de Cristo, quien es el cumplimiento del *Antiguo* en todas sus partes. De ahí Lucas 24:44-47:

Luego les dijo: “Lo que ha pasado conmigo es lo mismo que les anuncié cuando aún estaba con ustedes: que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito acerca de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos.” Entonces les abrió el entendimiento para que pudieran comprender las Escrituras, y les dijo: “Así está escrito, y así era necesario, que el Cristo padeciera y resucitara de los muertos al tercer día, y que en su nombre se predicara el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando por Jerusalén.”

“Ustedes son real sacerdocio, nación santa”, declara Pedro hablando en tiempo presente, al referirse a las promesas cumplidas. En el Antiguo Testamento, Dios se había dado a conocer a su pueblo en la obra fundamental de la creación, luego en sus poderosos actos de liberación, en su elección de Israel como su pueblo del

²¹ *On the Ministry*, AE 40:20.

pacto y en sus promesas mesiánicas sobre Aquél que sería profeta (DT 18:15), sacerdote (SAL 110: 4) y rey (SAL 2). En todo esto y más, Dios actuó en gracia y misericordia. El pueblo de Israel fue llamado a ser sus sacerdotes reales solo por la gracia de Dios, no por su virtud o mérito. El sacerdocio real del Antiguo Testamento se basaba por completo, entonces, en la provisión de la gracia de Dios, en su obra redentora y en sus promesas, lo que significa que el sacerdocio real de antaño es el pueblo de Dios redimido por gracia solo por la fe, así como la vida entera del sacerdocio del Nuevo Testamento también está basada completamente en la gracia.

Aun así, es cierto que en el Nuevo Testamento hay “un tipo de sacerdocio nuevo y diferente.”²² ¿Qué es “nuevo” en el Nuevo Testamento? Simplemente dicho, es Cristo. El sacerdocio del Nuevo Testamento se define completamente a la luz de Cristo, quien es el gran sumo sacerdote. Hebreos 3:1-2 dice: “Por lo tanto, hermanos santos, que tienen parte del llamamiento celestial, consideren a Cristo Jesús, el apóstol y sumo sacerdote de la fe que profesamos. Él es fiel al que lo constituyó, como lo fue también Moisés en toda la casa de Dios.”

- Jesucristo, el gran sumo sacerdote del Nuevo Testamento, es el sacerdote eterno que viene a ofrecer el sacrificio único y completo que innumerables sacrificios del Antiguo Testamento solo pudieron anticipar.
- En “el sumo sacerdote de nuestra confesión”, “compartimos el llamado celestial” con Él a un sacerdocio conferido ahora no por membresía en el pacto con Abraham y su linaje, sino en el pacto del bautismo destinado a todas las naciones.
- En Cristo, este nuevo sacerdocio y llamado celestial no está enfocado en Israel o sus sacrificios, sino en proclamar el Evangelio del sacrificio de Cristo por todas las personas.

2. El Gran Sumo Sacerdote

La revelación completa y final de Dios viene en la Palabra hecha carne: en Jesús, el Cristo. Israel había vislumbrado destellos del amor redentor de Dios a lo largo de su historia, incluso cuando se alejaba del pacto. Dios mantuvo las promesas que le había hecho como su reino

de sacerdotes. Pero ahora, con la venida del Redentor, el tiempo de vislumbres había terminado.

En el Mesías largamente prometido ha llegado la luz del mundo que había sido prometida (Is 58:8; 60:1; JN 1:9; 9:5), con luz para Israel y para los gentiles (Lc 2:32). Él es la verdadera luz que ilumina a todos y todo (JN 1:9; 1 JN 2:8). Uno de los sacerdotes levitas se regocijó con el advenimiento del Mesías: “Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha venido a redimir a su pueblo. Nos ha levantado un poderoso Salvador en la casa de David, su siervo”, cantó Zacarías al dar gracias por la “aurora” que alumbraba “a los que viven en tinieblas y en medio de sombras de muerte” (Lc 1:68-69, 78-79). Pero la mayor parte de Israel se dejó cegar por una sombra, por así decirlo. Lo que una vez había sido una ayuda para enseñar y recordar el enfoque de la promesa de Dios, se convirtió en un fin en sí mismo, en una carga para la conciencia. Colosenses 2:17 habla de los rituales del antiguo pacto como una sombra de las cosas por venir. De hecho, como lo indica Hebreos 10:1, el sacerdocio del Antiguo Testamento y su obra también fueron una sombra. Las sombras no son la suma y la sustancia completa de algo, pero sí dan una indicación, un resumen o una idea de cómo es ese algo; sirven para señalar la sustancia misma. Por lo tanto, vale la pena mirar a la sombra, pero también es esencial seguir buscando de cerca el mismo algo. Sin embargo, Israel abandonó en gran medida la sustancia por la sombra.

Dios llamó a todo Israel de entre las naciones. Los levitas fueron llamados luego de entre las doce tribus. Y de la tribu de Leví fueron llamados, a su vez, los sacerdotes levíticos. Finalmente, un sumo sacerdote era ungido de entre todos los sacerdotes.²³ Dado este arreglo representativo, entonces, eran parte del pueblo y, por lo tanto, tenían derecho a hablarles, incluso representándolos ante Dios y, a su vez, mediar la salvación de Dios a otros (GN 12:3; Ex 19:4-6; Is 49:6; 60:1-3; MAL 2:7-9). Cuando ofrecían sacrificios, acciones de gracias y alabanzas a Dios, siempre ofrecían algo imperfecto; aun así, Dios había prometido aceptar su servicio como perfecto. En cierto sentido, el rol de la tribu levítica culminaba en

²² *Sermon on Psalm 110* (1535), AE 13:306. El “sermón” extendido de Lutero en este salmo fue predicado a lo largo de ocho semanas. En todos sus comentarios, Lutero ve este salmo a la luz mesiánica.

²³ Los levitas en conjunto eran sustitutos de los primogénitos de Israel (y por lo tanto de cada familia) y prestaban servicio general en el tabernáculo o templo (NM 3:12-13). Aarón y sus descendientes sirvieron como sacerdotes, guiando al pueblo en los sacrificios diarios, anuales y especiales (Lv 1:7-8) de la vida en Israel. El sumo sacerdote Aarón, y luego aquellos individuos seleccionados después de él que comenzaron con Eleazar, entraban solos en el Lugar Santísimo en el Día de la Expiación anual para expiar los pecados de todo Israel (Ex 28:29; Lv 16:32-34).

el trabajo representativo del sumo sacerdote.²⁴ Hebreos 5:1-3 dice lo mismo: “Todo sumo sacerdote es elegido entre los hombres y constituido a favor de los hombres ante la presencia de Dios, para presentar ofrendas y sacrificios por los pecados y para mostrarse paciente con los ignorantes y extraviados, ya que él mismo adolece de la debilidad humana. Por eso mismo debe presentar una ofrenda por sus propios pecados, así como por los del pueblo.”

Los sumos sacerdotes, junto con todo el sistema levítico, no eran más que sombras del sacerdote perfecto venidero, el mediador completo que ofrecería el sacrificio de una vez y para siempre. Cristo Jesús, el gran sumo sacerdote, cumplió perfectamente el pacto en todas sus partes por medio de su humilde obediencia a todas las exigencias de la Ley (Ro 5:19; 2 Co 5:21; GL 4:4-5; 1 JN 3:5), expiando los pecados de todas las personas, entrando solo en el Lugar Santo. Él cumple, pero también reemplaza al antiguo pacto en su sacerdocio del Nuevo Testamento. Él no es de la antigua línea de Leví. Es sin pecado, obediente incluso a la “muerte en la cruz” (FLP 2: 8), y su sacrificio expiatorio no es meramente por los pecados de Israel contra el pacto, sino por los pecados del mundo. Su sacrificio no es ofrecido en el templo de Jerusalén y no proviene de los rebaños o los campos de Israel. ¡Este Sacerdote se ofrece a sí mismo! Él es tanto el cordero sin pecado como el santo sacerdote, por lo que lleva “en su cuerpo nuestros pecados al madero” (1 P 2:24), donde acepta la maldición de desobediencia de la Ley al colgar en sacrificio (DT 21:23; GL 3:12-13). Y ahora, resucitado de entre los muertos y exaltado a la diestra de Dios, intercede como nuestro sumo sacerdote eterno (SAL 110; HEB 7:23-25).

Con Cristo, el Gran Sumo Sacerdote, el templo y su sacerdocio ha terminado su tarea. Jesús alude a esto cuando habla con la mujer samaritana en Juan 4:21-24. Jesús le dice:

“Créeme, mujer, que viene la hora cuando ni en este monte ni en Jerusalén adorarán ustedes al Padre. Ustedes adoran lo que no saben; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Pero viene la hora, y ya llegó, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre busca que lo adoren tales adoradores. Dios es Espíritu; y es necesario que los que lo adoran, lo

adoren en espíritu y en verdad.”

Todo el sacerdocio se aclara solo en Cristo Jesús, el gran sumo sacerdote y su obra.²⁵ Su misericordia radical es la piedra angular de la nueva era, pero se convirtió en un obstáculo para muchos (Ro 9:32-33; 1 Co 1:23; 1 P 2:8) cuando “[la Palabra] vino a lo suyo, pero los suyos no la recibieron” (JN 1:11). Prefirieron la sombra de los sacerdotes débiles y pecaminosos del Antiguo Testamento y todos los ritmos y rituales antiguos, antes que al Siervo-Sacerdote sin pecado, cuya profunda simpatía por los pecadores resulta en una redención completa y eterna (HEB 4:15; 9:12). El fracaso de muchos en Israel para ver y recibir al Mesías estaba ligado al malentendido de su propia elección. Su elección había sido como mediadores sacerdotales, para intercesión, para servir y para mostrar a los demás la promesa del amor y la misericordia de Dios en sus propias vidas. Su elección señalaba al mismísimo Rey Siervo y Sacerdote que rechazaron.

Pero aquellos de Israel que no creyeron, traicionaron la identidad de Israel como reino de sacerdotes cuando rechazaron esta nueva revelación de Dios hablando en la persona de su Hijo (HEB 1:1-2). Se engañaron a sí mismos y se esclavizaron con orgullo, pensando que ellos eran el fin y no tan solo un medio, una herramienta a través de la cual Dios trabajaba para llegar a todo el mundo. “Somos descendientes de Abrahán, y jamás hemos sido esclavos de nadie”, protestaron cuando Jesús se prometió a sí mismo y su libertad (JN 8). Fueron retenidos por sus propias nociones erróneas de que las viejas promesas serían suficientes e ignoraron la Promesa Encarnada, cuyas promesas actuales fueron las que cumplieron la salvación de Dios para todo el mundo. Al negar a su propio Salvador, no pudieron compartir la gracia de su presencia con las naciones ni ser los sacerdotes que debían ser.

Al igual que los sacerdotes de antaño, el Gran Sumo Sacerdote es llamado por Dios, quien es el único que llama sacerdotes. Nuestro Sumo Sacerdote viene no por usurpación, sino por la unción del Padre (HEB 1:9; 5:4). En el Salmo 2:7, el Rey habla en la unción: “Tú eres mi Hijo; en este día te he engendrado”. Y en el Salmo 110, Jehová declara que el Señor de David es el sacerdote real eterno según el orden de Melquisedec. El Nuevo Testamento aplica correctamente todo esto a Cristo, el Hijo de Dios, la Semilla de Adán, Abraham y David (MT 1; Ro 1:1-5), quien fue designado para este servicio sacerdotal desde

²⁴ Entonces el sumo sacerdote Caifás, aunque no creía en Jesús el Mesías, profetizó de acuerdo con su oficio como sumo sacerdote acerca de la muerte vicaria de Cristo para Israel y el mundo (JN 11: 49-52).

²⁵ Norman Nagel enfatiza este tema en los escritos de Lutero sobre el sacerdocio real. “Luther and the Priesthood of All Believers,” Concordia Theological Quarterly 61, No. 4 (October 1997): 277-98.

el principio (GN 3:15; 1 P 1:18-20; EF 1:3-4). Él es el Hijo unigénito del Padre, ya no más humilde sino más elevado que los ángeles, porque ha resucitado de los muertos y ha sido exaltado a la diestra de Dios (HCH 13:33; COL 3:1; HEB 1:13).

Su identidad y su obra no son resultado de una batalla, sino que le fueron otorgadas por el Padre. Solo él ha sido nombrado por Dios para ser sacerdote para siempre según “el orden de Melquisedec (HEB 5:6). Y, como el sacerdote del Salmo 110, también es rey, pero con un reino que no es de este mundo sino mucho más grande que cualquiera de este mundo (JN 18:36). Él viene con toda humildad como un rey obediente y reclama con justicia su título y reinado como el rey siervo de Isaías y las profecías de Zacarías (Is 49:5-7; 52:13-53:12; ZAC 9:9; JN 12:12-16).

3. El sacerdocio en el nuevo pacto

Unidos en Cristo, todos estos roles y obras resultan en algo magnífico. El viejo Israel había sido una nación de sacerdotes llamados a señalar a lo que Dios haría. El verdadero Israel, el Mesías Jesús, es el sacerdote y mediador que restaura todas las cosas al Padre, dando los beneficios de su sacrificio y servicio al nuevo Israel, su pueblo nuevo, la Iglesia, su sacerdocio real. Como su pueblo nuevo, “consideramos” nuestro sacerdocio a la luz de “Cristo Jesús, el apóstol y sumo sacerdote de la fe que profesamos”, a través de quien “compartimos un llamamiento celestial” (HEB 3:1-2). Nuestro Sumo Sacerdote proporciona la redención que hizo en el nuevo pacto, sellado con su propio sacrificio, junto con su promesa: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por ustedes va a ser derramada” (Lc 22:20). Los convenios son acuerdos hechos entre dos partes, cada una de las cuales pone algo en la relación. Pero las personas no pueden iniciar un pacto con Dios, porque no tienen nada que ofrecerle. Este pacto es un signo de gracia, un don más de Dios, cuyos beneficios solo se pueden obtener por fe. Los mendigos no pueden elegir, pero ¿acaso podríamos elegir algo mejor? Este pacto llegó al precio más alto: la muerte de Cristo mismo, con el costo pagado en su totalidad por él. Sin embargo, en él hay un intercambio libre. Lo que era nuestro: pecado, muerte y condenación, pasa a ser de Cristo. Y lo que era suyo: santidad, vida y una relación perfecta y eterna con el Padre, pasa a ser nuestro. “Porque todo es de ustedes... y ustedes son de Cristo, y Cristo es de Dios” (1 Co 3:21, 23).

Este es un “intercambio feliz”, una de las descripciones de la salvación favoritas de Lutero.²⁶

Este nuevo pacto logra lo que el antiguo pacto no pudo lograr con sus repetidos sacrificios. Cristo mismo es el nuevo pacto, tanto sacerdote como sacrificio final. A partir de este momento, el sacerdocio descansa en la sangre de Cristo y en su resurrección y exaltación a la diestra de Dios, donde intercede por nosotros. “El evangelio y todas las Escrituras presentan a Cristo como el sumo sacerdote quien una vez y para siempre, al ofrecerse sí mismo, ha quitado los pecados de todos los hombres y ha logrado su santificación por toda la eternidad”.²⁷ Su sacrificio, dado en gracia y amor y recibido por fe, es *representativo, perfecto y universal*. Estos tres adjetivos son importantes. En primer lugar, el sacrificio es representativo como los del antiguo pacto porque Cristo se pone en mi lugar y en el de todos los pecadores, el vicario o sustituto cuya vida, muerte y resurrección son mías. En segundo lugar, y a diferencia de los sacrificios del antiguo pacto, este sacrificio es perfecto porque él es el Hijo unigénito sin pecado, cuya muerte es la plena expiación por el pecado; ya no hay más sacrificios por venir. Y en tercer lugar es universal, es decir, la salvación ha sido ganada para todos. Así como la relación de Israel con Dios no era exclusiva de ellos, la relación del nuevo pacto no es una posesión privada de algunos, sino que está abierta a todos los que en fe reciben lo que Dios otorga. Bajo el nuevo pacto, el sacerdocio de los creyentes sigue siendo uno de fe y sacrificio pero la orientación ha cambiado radicalmente, porque el Mesías largamente prometido ya ha llegado.

²⁶ Por ejemplo, en *The Freedom of a Christian* (1520), Lutero escribe: “El tercer beneficio incomparable de la fe es que une al alma con Cristo, así como la novia es unida a su novio. Por este misterio, como enseña el apóstol, Cristo y el alma se vuelven una sola carne [Ef 5:31-32]. Y si son una sola carne y hay entre ellos un verdadero matrimonio (de hecho, el más perfecto de todos los matrimonios, ya que los matrimonios humanos no son más que ejemplos pobres de este verdadero matrimonio), entonces todo lo que tienen es común, tanto el bien como el mal. En consecuencia, *el alma creyente puede jactarse y gloriarse en todo lo que Cristo tiene como si fuera suyo; y lo que el alma tiene, Cristo lo reclama como suyo*. Comparemos estos y veremos beneficios inestimables. *Cristo está lleno de gracia, vida y salvación. El alma está llena de pecados, muerte y condenación. Ahora dejemos que la fe se interponga entre ellos y los pecados: la muerte y la condenación serán de Cristo, mientras que la gracia, la vida y la salvación serán del alma; porque si Cristo es el novio, debe tomar sobre sí las cosas que son de su novia y otorgarle a ella las cosas que son suyas*. Si le da a ella su cuerpo y su ser, ¿cómo no le dará todo lo que es suyo? Y si toma el cuerpo de la novia, ¿cómo no tomará todo lo que es de ella?” (AE 31: 351, énfasis agregado). También: “Por este intercambio afortunado con nosotros, él asumió sobre sí mismo nuestro ser pecador y nos concedió su Ser inocente y victorioso. Vestidos y revestidos en él somos liberados de la maldición de la Ley, porque Cristo mismo se convirtió voluntariamente en maldición por nosotros” (*Lectures on Galatians*, AE 26:284).

²⁷ *Concerning the Ministry*, AE 40:14.

Un aspecto del cambio en la orientación es que, basado en las acciones y promesas pasadas de Dios, el Israel de antaño esperaba este gran día mientras que ahora el nuevo Israel mira lo que Cristo, el verdadero Israel, ha logrado. Sin embargo, gracias a lo que Cristo ha logrado, el nuevo Israel también espera ansioso el cumplimiento de su regreso prometido cuando resucitará a los muertos, juzgará a todas las naciones y establecerá el nuevo cielo y tierra. Más aún, este aspecto diferente podría ser mal interpretado para implicar que Dios salvó a las personas del Antiguo Testamento de una manera diferente a como salva a las personas ahora. Dios siempre ha salvado a las personas de la misma manera: por promesa. La Palabra salva. La Palabra crea y define la identidad de quienes creen, quienes son salvos. La Palabra los hace lo que son. La fe es la confianza en las promesas de Dios; siempre es igual. La fe confía en las promesas de lo que Cristo logró para todas las personas de todos los tiempos cuando murió, o habría de morir, en la cruz. Ya en el Antiguo Testamento Dios vio la muerte y resurrección de Jesús como una realidad, así es que siempre ha salvado por la obra de Cristo. La promesa comenzó con Génesis 3:15, con más promesas acumuladas en el camino. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que lo que cuenta es aferrarse con fe a las promesas dadas en su momento al oyente. Así es que Adán y Eva tuvieron una promesa y fueron salvos no potencialmente, sino en ese momento y lugar al mantenerse firmes en la promesa en fe. Noé tuvo su propia promesa. No podía contentarse con conocer la de Adán, sino que tuvo palabra de Dios para él, una promesa en ese momento y lugar la cual, al aferrarla en fe, lo salvó. Lo mismo se aplica a Abraham y Sara, a David, a los profetas, a Israel y a aquellos en el tiempo de Cristo.

Esto sigue siendo cierto en el nuevo pacto. Los rituales y sacrificios del antiguo sacerdocio son dejados de lado. Ahora solo importan las promesas nuevas, las promesas del Sumo Sacerdote que aún escuchamos hoy. “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida” (JN 14:6). “Yo soy la resurrección y la vida” (JN 11:25). “Voy a preparar lugar para ustedes” (JN 14:2). “Yo estaré con ustedes todos los días” (MT 28:20). “El que crea y sea bautizado se salvará” (MT 16:16; ver también HCH 2:38-39). “... bautismo... que ahora nos salva” (1 P 3:21). “Esto es mi cuerpo, que por ustedes es entregado” (Lc 22:19). “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por ustedes va a ser derramada” (Lc 22:20). Lo que salva no son las “noticias de ayer”, sino la realidad de hoy, las promesas de hoy y la fe en esas promesas. Esta cruz es tuya. Esta tumba vacía es tuya. Este bautismo es tu entrada al reino, un lavamiento que

te hace rey y sacerdote. Este pan y vino es cuerpo y sangre para tu perdón y vida eterna.

Junto con la venida radical del Mesías y la nueva realidad de sus promesas, también hubo una revisión de los criterios para ser sacerdote. 1 Pedro 2:9 lo deja en claro. En el antiguo pacto, quienes servían formalmente debían proceder de la tribu de Leví mientras que el grupo más grande, los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob/Israel, eran una nación de sacerdotes en virtud de la ascendencia que Dios les había dado. Pero, lamentablemente, Israel estaba equivocado al creer que su ascendencia les garantizaba la armonía con Dios en el pacto y actuar como si Dios fuera a mantener alejados a los demás y a encomendarlos a ellos solo por su linaje. Israel había olvidado que las promesas de salvación de Dios siempre habían sido para todas las personas: bajo el antiguo pacto, las promesas eran recibidas cuando quienes no pertenecían a Israel se convertían en israelitas honorarios.²⁸ Pocos lo hicieron, pero la puerta siempre estaba abierta. Este, por supuesto, es el punto que hace Pablo en Gálatas 3:5-9:

Aquel que les suministra el Espíritu y hace maravillas entre ustedes, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe? Así Abrahán creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Sepan, por tanto, que los que son de la fe son hijos de Abrahán. Y la Escritura, al prever que Dios habría de justificar por la fe a los no judíos, dio de antemano la buena nueva a Abrahán, cuando dijo: “En ti serán benditas todas las naciones.” De modo que los de la fe son bendecidos con el creyente Abrahán.

Apocalipsis 1:5-6 habla del sacrificio del Gran Sumo Sacerdote, el “primogénito de entre los muertos”, quien “con su sangre nos lavó de nuestros pecados y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios” como resultado de su sacrificio. Y apenas unos versos más adelante, en Apocalipsis 5:9-10, encontramos este canto de alabanza: “... porque fuiste inmolado. Con tu sangre redimiste para Dios gente de toda raza, lengua, pueblo y nación, y para nuestro Dios los hiciste reyes y sacerdotes, y reinarán sobre la tierra”. ¡La promesa de Abraham es cumplida!

El sacerdocio real está arraigado en Cristo, no en la Ley, y en él se invierte el flujo, ampliándolo para abarcar

²⁸ Para este punto podemos citar los muchos peregrinos y extranjeros cuya frecuente mención en la Ley implica no solo protección bajo las leyes de Israel, sino también la posibilidad de inclusión dentro del pueblo (ver Ex 12:48-49; Nm 15:13-16). Ejemplos específicos de creyentes gentiles incluyen, entre otros, a Melquisedec, Jetro y su hija, la esposa de Moisés, Rajab, Yael, Rut, Urías y Betsabé y los ninivitas.

a todas las personas sin ningún requisito. Lo que salva es la fe en las promesas de Dios: confiar en lo que Cristo hizo por todos. Nada más. El nuevo sacerdocio es universal porque es para el mundo. La Iglesia es verdaderamente católica, una fe salvadora para toda la humanidad. Cristo derribó el muro entre el judío y el gentil y “de dos pueblos hizo uno solo” (Ef 2:14). Este mensaje de salvación y su lavamiento de nuevo nacimiento, renovación y filiación es para todos: judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres (Gl 3:27-28).

El hecho que la puerta de la salvación estuviera abierta también a las naciones, y no solo a los descendientes físicos de Abraham, es un claro recordatorio de que siempre fue un regalo de la gracia de Dios a través de la fe; o sea, que fue dado a medida que el Espíritu Santo obró la fe en la promesa de Dios. Así, el énfasis en el linaje físico termina en el Nuevo Testamento cuando el Sumo Sacerdote se muestra a sí mismo como la puerta abierta y el camino de salvación para todas las personas y todas las naciones (Mt 28:19; Jn 10:9; 14:6). 1 Pedro es una epístola católica, es decir, una carta general escrita a todos los que creen. Al dirigirse a los “expatriados y dispersos” (1:1),²⁹ Pedro les está escribiendo a los cristianos cuyo vínculo común no es ni la geografía ni la etnicidad, sino las promesas del nuevo pacto del nuevo Israel. No hay necesidad de formar parte de la nación de Israel (y mucho menos ser miembro de la tribu de Leví) para este nuevo sacerdocio. No hay necesidad de ser circuncidado, el signo del pacto del sacerdocio real de Israel.³⁰ Las puertas se abren de par en par a todas las naciones.

4. El nuevo pacto y el Santo Bautismo

Por lo tanto Dios, y solo Dios, hace sacerdotes y lo hace de entre todas las naciones. Sin embargo, lo va haciendo uno a la vez, agregando a su reino de sacerdotes a través del Santo Bautismo. Los ha hecho “nacer de nuevo” (lenguaje de bautismo para Pedro), “nacer de nuevo a una esperanza viva... que es incorruptible, incontaminada e imperecedera” (1 P 1:3-5). Allí, en el bautismo, está la puerta de la salvación para todos, como enseña

²⁹ RVC. LBLA dice “expatriados, de la dispersión”.

³⁰ Si bien era un símbolo de salvación, el símbolo de la circuncisión era malinterpretado en al menos dos niveles. Primero, ignoraba a las mujeres, dejando preguntas sobre el estatus de niñas y mujeres dentro del pueblo del pacto. Segundo, de la misma manera en que el Bautismo es malinterpretado (!), a menudo la circuncisión se consideraba una marca del estatus de un individuo (¡Soy un verdadero israelita!), más que un don de la gracia de Dios y, por lo tanto, está en el centro de los debates del Nuevo Testamento sobre la enseñanza de la salvación que es dada solo por gracia a través de la fe (ver ROMANOS 2-4; GÁLATAS).

Pedro sobre el sacerdocio real (1 P 3:21): “El bautismo”, dice Pedro, “no consiste en lavar las impurezas del cuerpo, sino en el compromiso ante Dios de tener una buena conciencia que ahora nos salva por la resurrección de Jesucristo”. El bautismo lleva a las personas a una relación de salvación con Dios, una relación tan especial que hasta los ángeles se asombran y quisieran contemplar (1 P 1:12). ¿Cómo es esto? Los ángeles, en su perfección, conocen a Cristo como Señor, pero aquí contemplan a los pobres pecadores, antes condenados pero ahora vivos gracias a Cristo. Los pecadores perdonados conocemos a Cristo como Señor y Redentor y solo nosotros podemos decir: “Creo que Jesucristo, verdadero Dios ... es mi Señor, que me ha redimido.”³¹

Al enseñar la promesa salvadora del Bautismo, Pedro agrega que la persona bautizada es unida tanto a la muerte de Cristo como a la nueva vida que es nuestra a través de “la resurrección de Jesucristo, quien subió al cielo y está a la derecha de Dios, y a quien están sujetos los ángeles, las autoridades y las potestades” (1 P 3:21B-22). Todo es sellado por el Espíritu dador de fe, “el Espíritu Santo enviado del cielo” (1 P 1:12), quien está presente y es dado así como fue prometido, cuando el agua y la Palabra son usados como Cristo ordena.

Esto es salvación enteramente por gracia, sin ningún mérito humano. El bautismo es la obra de la gracia de Dios hecha sin ninguna idea de traer buenas obras a la fuente bautismal. El pacto del bautismo se forja de un solo lado, ¡gracias a Dios! Que el bautismo en Cristo conceda fe y vida nueva en el reino se debe solo al acto de Dios; el creyente depende puramente de la misericordia de Dios y de la presencia del espíritu de Cristo. Lo mismo es cierto en la nueva vida que sigue: no hay lugar para obras para mantener al creyente en la fe. Solo hay lugar para confianza arrepenida en la obra continua del Espíritu Santo, confesando: “Creo que ni por mi propia razón, ni por mis propias fuerzas soy capaz de creer en Jesucristo, mi Señor, o venir a él; sino que el Espíritu Santo me ha llamado mediante el evangelio, me ha iluminado con sus dones, y me ha santificado y conservado en la verdadera fe, del mismo modo como él llama, congrega, ilumina y santifica a toda la cristiandad en la tierra, y la conserva unida a Jesucristo en la verdadera y única fe.”³² A través del Espíritu Santo, el creyente pasa a ser parte del sacerdocio universal, el sacerdocio real de la iglesia de Cristo. Ser bautizado “en su muerte” (Ro 6:3)

³¹ CMe, “El Credo,” Artículo Segundo, LC, 359.

³² CMe, “El Credo,” Artículo Tercero, LC, 360.

es ser unido al acto sacerdotal de Cristo en el punto de su propio sacrificio. Al ser sepultado, resucitado y luego vivir en él en el bautismo, el creyente es completamente incorporado en el cuerpo de Cristo. Así como Cristo, quien es la cabeza, es el Sumo Sacerdote, cada miembro de su cuerpo es parte del sacerdocio real. El bautismo no hace una marca superficial o social, sino que marca a quien es nacido de nuevo, ya no de la carne, sino del Espíritu (JN 3:5-6; TIT 3:5).

En el bautismo Dios hace sacerdotes. Sean infantes o adultos, da igual: todos son sacerdotes. En la obra de Cristo en el bautismo hay una fuerza orientada hacia el futuro. El propósito es la creación y santificación de la Iglesia toda. Pablo se refiere a eso cuando escribe en Efesios 5:26-27: "... para santificarla. Él la purificó en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo como una iglesia gloriosa, santa e intachable, sin mancha ni arruga ni nada semejante".

Ser bautizados en el nombre de Cristo es tener lo que viene con su nombre: un reclamo, en base a su muerte y resurrección a la vida, del derecho de presentarnos ante el Padre. Los sacerdotes llevan el nombre de Cristo y tienen tal derecho y privilegio. Más aún: en el bautismo, el creyente "tiene la unción del Santo" (1 JN 2:20). Como dice el escritor a los Hebreos (3:1-2): "Por lo tanto, hermanos santos, que tienen parte del llamamiento celestial, consideren a Cristo Jesús, el apóstol y sumo sacerdote de la fe que profesamos. Él es fiel al que lo constituyó, como lo fue también Moisés en toda la casa de Dios". En Cristo, "el sumo sacerdote de nuestra confesión", "compartimos el llamado celestial" con el sacerdocio conferido en el bautismo.

5. El llamado sacerdotal de todos los cristianos

Es bien claro que los cristianos se convierten en sacerdotes no por lo que hacen, por obras de justicia, sino por fe y con todos los dones que Cristo da a quienes creen. En la fe bautismal, los cristianos mueren al mundo, a sí mismos y a sus propias obras y pasan a vivir en Cristo y para Cristo. Cuando el creyente emerge de las aguas del bautismo, el sacerdocio emerge con él.

En el capítulo 3, el autor de Hebreos utiliza un título sacerdotal cuando se dirige a los "hermanos santos": santos "porque comparten en la santidad sacerdotal de Jesús al compartir en su condición de hijo real"³³ participando

³³ John W. Kleinig, *Hebrews* (St. Louis: Concordia Publishing House, 2017), 161.

en un "llamamiento celestial" con él, quien es "el apóstol y sumo sacerdote de la fe que profesamos"³⁴ (HEB 3:1). Jesús es fiel, así como lo fue Moisés, y la carta nos urge a ser fieles en términos de aferrarnos a "la confianza", esto es, a las promesas de Dios. Moisés fue fiel, declarando a Israel todo lo que Dios le había revelado e intercediendo en nombre de Israel. De esa manera, fue tanto apóstol como sacerdote.³⁵ Mucho más glorioso aún (HEB 3:3-4) Jesús, el Hijo de Dios, proclamó fielmente el reino de Dios como el emisario del Padre ("apóstol"³⁶) y proveyó el sacrificio eterno necesario antes de regresar a la diestra del Padre. Mantener "la confianza firme hasta el fin" y gloriarnos "en la esperanza" (HEB 3:6) significa tener fe en las promesas y la obra sacerdotal de Jesús, a quien confesamos como Señor (ver también 1 Co 1:31; 2 Co 10-12 y GL 6:14).

El llamado de Dios desde el cielo en Cristo Jesús es a que seamos sus sacerdotes. Una vez más se nos recuerda la triple dimensión del sacerdocio: sacrificio, oración y enseñanza. Estas dimensiones marcan el sacerdocio, tanto general como levítico en el Antiguo Testamento, pero el sacerdocio del Nuevo Testamento presenta tales responsabilidades de manera diferente. La muerte y el sacrificio, el derramamiento de sangre, siempre han estado al alcance de la mano y son necesarios para que los sacerdotes realicen su trabajo. La mayor parte de las referencias al sacerdocio en el Antiguo Testamento son los sacrificios ofrecidos en el Tabernáculo y en el Templo por los sacerdotes levíticos. A lo largo del Antiguo Testamento, la oración es asumida como un elemento del sacrificio sacerdotal, pero la enseñanza es enfatizada allí con poca frecuencia. Sin embargo, este énfasis cambia en el Nuevo Testamento. Ahora, con el sacrificio completo, suficiente y satisfactorio del Gran Sumo Sacerdote (EF 5:2; HEB 9:26; 10:12) y el Cordero Pascual "cuya sangre nos libera para ser pueblo de Dios"³⁷ (1 Co 5:7), la obra principal del sacerdocio levítico también está terminada. A lo largo del Nuevo Testamento no hay referencia a ningún oficio sacerdotal³⁸ que no sea el sacerdocio real de los

³⁴ Sobre la confesión en Hebreos, ver excursos en *Hebrews*, Kleinig, 168-70.

³⁵ Se ha notado que Moisés, y no Aarón, es mencionado aquí como precursor sacerdotal de nuestro Señor, un recordatorio del sacerdocio general o real en Israel.

³⁶ El término "apóstol" en el Nuevo Testamento indica a uno con conocimiento o testimonio directo que actúa con la autoridad total de otro. Ver Kleinig, *Hebrews*, 161-62.

³⁷ *Lutheran Service Book* (St. Louis: Concordia Publishing House, 2006), 155.

³⁸ Algunos pueden citar, sin embargo, la posible excepción de Romanos 15:15-16. Allí, Pablo se refiere a "ministrarles el evangelio de Dios" a los

bautizados. Sin duda, en el Nuevo Testamento aún se llama y autoriza a los individuos para el ministerio público en nombre del sacerdocio real, pero el término “sacerdote” nunca se incluye en los diversos títulos que se aplican a los ministros públicos de la iglesia.

Debido a Adán y en Adán, toda la raza humana muere; pero en Cristo, el segundo Adán, todos viven (1 Co 15:22). El sacrificio hace la diferencia y los pone a todos en el sacerdocio real, dando esa identidad en el bautismo a través del sacrificio de Cristo. Por lo tanto, el sacrificio sigue siendo prominente en el Nuevo Testamento, pero es concebido de manera diferente: ya no hay sacrificio de sangre de animales, ni de grano ni de vino. Ahora los sacrificios son los “sacrificios espirituales” del sacerdocio real (1 P 2:5), incluidos los sacrificios vivos de sus cuerpos (Ro 12:1), los actos sacrificiales de obediencia (HEB 13:16), las donaciones sacrificiales ofrecidas en apoyo a los demás (FIL 4:18) y el sacrificio de gratitud y alabanza que se encuentra en sus labios (HEB 13:15).

El sacrificio máximo del Gran Sumo Sacerdote genera todos los sacrificios del sacerdocio real, cuyos esfuerzos tienen significado y valor por causa de Cristo. Su sacrificio está detrás de las palabras del apóstol Pablo en Romanos 12:1, donde los corintios son exhortados a ofrecer sus cuerpos como sacrificio vivo por causa de las misericordias de Dios. Más aún, así como el Gran Sumo Sacerdote es el humilde Siervo de Isaías 53, así también sus sacerdotes reales son llamados a un servicio sacerdotal que conocerá el dolor y el sufrimiento (53:3). “Porque, por causa de Cristo, a ustedes les es concedido no solo creer en él, sino también padecer por él y tener el mismo conflicto que han visto en mí, y que ahora saben que hay en mí” (FIL 1:29-30). El sufrimiento es, sin duda, la marca de quienes pertenecen al gran Sumo Sacerdote, la Iglesia. El sacerdocio real es su cuerpo y si una parte sufre, todo sufre: desde la Cabeza hasta el dedo del pie (1 Co 12:26).³⁹

Sí, el martirio puede ser requerido de algunos miembros del sacerdocio real. Pero cuando Pedro habla de la vida de sacrificio del sacerdocio real, sus ejem-

plos de sacrificio son más mundanos. Son trabajadores sometidos a jefes y otras instituciones humanas, incluso algunas odiosas (1 P 2:13-25). Es la vida piadosa de una mujer que gana a su marido con su ejemplo y no con sus palabras (1 P 3:1-6). Es el amor delicado de un marido por su esposa (1 P 3:7). Son los creyentes unidos amándose mutuamente con ternura y humildad (1 P 3:8). Pablo concuerda. En 2 Corintios 9:12, luego de haber felicitado a los corintios por su generosidad sacrificial hacia los cristianos sufrientes, dice: “Porque la contribución de este servicio suple no solamente lo que les falta a los santos, sino que también abunda en muchas acciones de gracias a Dios”.

La oración y el sacrificio no deben ser divorciados. En el Antiguo Testamento esto se hace obvio en el enfoque predominante que hace en el papel “litúrgico” de los sacerdotes levíticos. La representación de la oración sacerdotal en el Antiguo Testamento se encuentra en gran medida dentro del contexto del culto público de Israel. El pueblo y los sacerdotes se reunían en oración mientras se ofrecían los sacrificios. Hebreos 13:15 indica que, en el Nuevo Testamento, la oración y el sacrificio continúan su conexión íntima. Al hacer sus sacrificios, el sacerdocio real del Nuevo Testamento lo hace en oración; en la oración de fe. Y la oración misma es un sacrificio de alabanza. Sin embargo, y aunque nunca se ha divorciado y a veces hasta está incorporada en toda la vida de sacrificio del creyente, la vida de oración del sacerdocio real merece una atención y comentario especiales. Este aspecto del sacerdocio universal también encuentra su base en el Gran Sumo Sacerdote.

La oración de nuestro Señor en Juan 17 se llama acertadamente la “oración sacerdotal”. Aunque en ella no se usan términos sacerdotales específicos, sí se enfatiza el papel de mediador sacerdotal de Cristo. Jesús se refiere a su obra como Uno enviado por el Padre, “el único Dios verdadero” (17:3). Cristo habla de haber “manifestado tu nombre a aquellos que del mundo me diste” (17:6), habiéndoles dado la Palabra de Dios (17:8). Se consagra a sí mismo (17:19), a diferencia de Aarón o los sacerdotes levíticos que debían ser consagrados por otro (Ex 28, 40), y lo hace para que a su vez santifique a los suyos (17:17, 19). Su oración de intercesión para que su pueblo sea santificado, un pueblo santo, es parte de su identidad como sacerdocio real. Su oración recuerda la atribución del sacerdocio real como una “nación santa”, tanto en Éxodo 19 como en 1 Pedro 2.⁴⁰

gentiles. La LBLA traduce: “ministrando a manera de sacerdote”. Pablo dice esto en el contexto de su ministerio apostólico. Sin embargo, si bien los apóstoles que sirven en un oficio del ministerio público tienen una responsabilidad específica por la proclamación pública como testigos oculares, su llamado a proclamar el Evangelio es compartido no solo con todos los que ejercen un oficio público, sino también con cada uno en la Iglesia toda, dado que cada creyente debe proclamar las excelencias de Dios.

³⁹ En *On the Councils and the Church* (1539), Lutero habla de las siete marcas de la iglesia, una de las cuales es “la santa cruz”. Lutero explica que los cristianos sufren “para ser como su cabeza, Cristo” y “que se adhieren firmemente a Cristo y a la Palabra de Dios” (AE 41:164–65).

⁴⁰ En inglés, los verbos “santificar” y “consagrar”, así como el verbo compuesto “hacer santo”, son todos usados para traducir el mismo ver-

A través del Sumo Sacerdote los sacerdotes reales son santificados, apartados como posesión de Dios, su pueblo santo, sus hijos e hijas adoptivos. A cambio, ellos son llamados a una vida de oración. Jesús, nuestro sumo sacerdote quien ora por nosotros, también nos invita a unirnos a él en oración en el “Padrenuestro” (Lc 11:2-4; Mt 6:9-13). Como manifiesta la CTCR:

Por lo tanto, es solo “por la sangre de Jesús”, por “el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, es decir, de su propio cuerpo”, que tenemos el privilegio de ser invitados a acercarnos “con un corazón sincero, y con la plena seguridad de la fe” (HEB 10:19-22). Solo por virtud de nuestra adopción como hijos de Dios a través de nuestro bautismo en la muerte y resurrección de Cristo podemos clamar: “¡Abba, Padre!” (Ro 8:15). *Solo por la obra reconciliadora de nuestro sumo sacerdote Jesús, el Hijo de Dios, podemos acercarnos “confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para cuando necesitemos ayuda” (HEB 4:16).*⁴¹

Por lo tanto, el sacerdocio real incluye la obra mediadora de la oración constante (1 TES 5:17; 1 TIM 2:1-5) para todas las personas y en todas las circunstancias (Is 55:6; Mt 5:44; Lc 6:28; FIL 4:6). El sacerdocio ora en obediencia al mandato de Dios y en respuesta confiada a sus promesas de escucharnos.⁴² En particular, pide que el nombre de Dios sea santificado y que muchos lleguen a la fe (1ª y 2ª peticiones; Lc 10:2; HCH 2:39; COL 4:2-4). Y, cuando los sacerdotes reales oran para que otros crean, también comparten con ellos las promesas en las cuales la fe confía. Esta no es solo la oración del sacerdocio real, sino también del Gran Sumo Sacerdote: “Pero no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste” (JN 17:20-21).

Así como el Gran Sumo Sacerdote ora solo y con sus discípulos, la vida sacerdotal de oración también es tanto corporativa como individual. Los Hechos de

los Apóstoles revelan esto cuando los discípulos rezan juntos esperando la promesa de lo alto (1:14). Los primeros seguidores, junto con los 3.000 sacerdotes recién bautizados en Pentecostés, se dedican a la oración (2:42). Juan y Pedro, al igual que Pablo, participan en las oraciones del Templo (3:1; 22:17). Los sacerdotes reales rezan en prisión (4:31; 16:25). Los ministros apostólicos tienen responsabilidades especiales de oración y oran al establecer a otros para un servicio específico (6:4, 6; 14:23). Hay una oración por el otorgamiento del Espíritu a los samaritanos (8:15). Saulo reza (9:11); Pedro ora (9:40; 10:9); Cornelio ora (10:1-4). La iglesia se dedica a su tarea sacerdotal de oración tanto en las crisis como en la práctica habitual, y también para promover la misión (12:5, 12; 13:3). Los misioneros rezan con los recién bautizados (16:13-16), cuando salen para servir en otro lugar (20:36; 21:5-6) y por los enfermos (28:8).

Esta mirada superficial a la oración sacerdotal muestra que no está limitada a entornos litúrgicos, por más importantes que ellos son en las oraciones de adoración pública. También indica que la vida de oración del sacerdocio real debe ir acompañada del concepto de sacrificio del Nuevo Testamento, como parte de una adoración entendida en un sentido más amplio. Sin duda alguna, la identidad sacerdotal se forma y se ve en la adoración formal, pero eso no agota el “servicio” o la “adoración” en un sentido más amplio. Las palabras del Antiguo Testamento griego que tienden a implicar únicamente la adoración formal (por ej.: “*leitourgein*” y sus derivados, la fuente de nuestra palabra “liturgia” y “*latreia*” y sus derivados) tienen un significado más amplio en el Nuevo Testamento.⁴³ La adoración o el servicio, tanto en sentido limitado como amplio, marca a los sacerdotes reales. El grupo de palabras *leitourgein* se encuentra en el contexto de la adoración pública en Lucas 1:23 y Hebreos 9:21, pero más frecuentemente como servicio en un sentido más amplio: el servicio de las autoridades gubernamentales (Ro 13:6), la fe de los Filipenses (2:17), caridad para los santos necesitados (2 Co 9:12). Ninguna de estas tres actividades meritorias es una función sacerdotal oficial. En Romanos 12:1, San Pablo usa *latreia* al exhortar a los sacerdotes reales a ofrecer sus cuerpos como un sacrificio vivo, santo y aceptable para Dios. El pensamiento aquí es que los cristianos ofrecen la totalidad de sus vidas, no que otro hace sacrificios en su nombre.

bo griego (ἁγιαζω). Muchas referencias de este tipo que utilizan terminología de santidad, incluyendo las de este párrafo, reflejan el lenguaje del sacerdocio en el Antiguo Testamento (por ej.: Ex 19, 28; Dt 7:6).

⁴¹ CTCR, *Theology and Practice of Prayer: A Lutheran View* (2011), 14. Disponible (en inglés) en <http://www.lcms.org/Document.fdoc?src=lcme&id=1745>. Énfasis agregado.

⁴² Ver Lutero sobre el Segundo Mandamiento, CMe y CMa. Ver también la Introducción a la Oración del Señor en el CMa, LC, 448.

⁴³ El Nuevo Testamento utiliza *leitourgein* y sus derivados en el contexto de la adoración formal (ej.: Lc 1:23) y para el servicio a los necesitados (ej.: 2 Co 9:12). De la misma forma, *latreia* y sus derivados son usados en forma limitada y amplia (ej.: Lc 2:37 y Ro 1:9; 12:1).

San Juan tiene en mente este mismo tipo de servicio de adoración (*latreuein*) en Apocalipsis 7:15, donde escribe: “Por eso están delante del trono de Dios, y le rinden culto en su templo de día y de noche; y el que está sentado en el trono los protege con su presencia”. La adoración y el servicio del sacerdocio real están marcados por un sentido escatológico, por una gran esperanza. Ese día llegará pronto; pero mientras tanto, hay un servicio que debe ser llevado a cabo por el sacerdocio real. Esos sacerdotes sirven a Cristo al servir a los demás.

Mientras esperan que se cumplan todas las promesas, los sacerdotes están marcados de otra manera: el Espíritu los impulsa a testificar y a asumir la misión de la Iglesia. No se regocijan en nada de lo que puedan aportar a Cristo, sino en transmitir lo que recibieron de él: las promesas de Dios claramente expresadas en el bautismo, en las palabras habladas y en la palabra ligada al pan y al vino, al cuerpo y sangre. Al participar en todas esas cosas los sacerdotes (los creyentes) “muestran las excelencias de Dios”. ¿Pero cuáles son las “excelencias” de Dios? El término griego *arete* es usado con poca frecuencia en el Nuevo Testamento. Puede definirse como un “carácter poco común digno de alabanza, *excelencia de carácter, virtud cívica excepcional*” o como “manifestación del poder divino, *milagro*”.⁴⁴ Este término describe tanto a las personas virtuosas, como a Dios.⁴⁵ Aquí describe la bondad de Dios: su excelencia y dignidad de alabanza. ¡La alabanza es su derecho! Más tarde, Pedro junta el singular de *arete* con gloria (2 P 1:3). Curtis Giese explica: “En 2 Pedro 1:3, ambos [la gloria y la excelencia] se refieren a la salvación de Cristo, a los actos de sacrificio cuyos beneficios el Evangelio trae a las personas”.⁴⁶

⁴⁴ BDAG s.v. ἀρετή. Su plural es traducido como “excelencias” en 1 Pedro 2:9 en la Biblia ESV (en inglés), pero en español aparece como “hechos u obras maravillosos” (RVC, NVI), o “virtudes” (LBLA, NBLH). La Biblia Alemana de Lutero dice *Tugenden*, “virtudes” o “buenas obras”.

⁴⁵ Un ejemplo de *arete* utilizado para virtud humana se encuentra en Filipenses 4:8.

⁴⁶ Curtis P. Giese, *2 Peter and Jude* (St. Louis: Concordia Publishing House, 2012), 48. Más que “gloria y excelencia” (ESV), las versiones en inglés NIV y CSB traducen la frase en 2 Pedro como “gloria y bondad”. 2 Pedro 1:5 utiliza el término para referirse a la virtud de la bondad que los cristianos deben agregar a su fe. El punto de vista de Giese, por el cual la excelencia en 2 Pedro se refiere a las obras salvíficas de Cristo articuladas en el Evangelio, parece aplicarse perfectamente con su uso plural en 1 Pedro 2:9. Esto es corroborado en la traducción de Isaías del Antiguo Testamento en griego, donde la gloria y la excelencia (alabanza [*arete*]) también tienen un paralelo en 42:8-12:

⁸ Yo soy el Señor. Éste es mi nombre, y no daré a otro mi gloria, ni mi alabanza a esculturas.

⁹ Como pueden ver, los primeros acontecimientos se han cumplido, y ahora les anuncio nuevos acontecimientos; yo se los hago saber antes de que ocurran.

¹⁰ ¡Canten al Señor un cántico nuevo! ¡Que lo alaben desde los

Es en este tercer elemento de la obra mediadora sacerdotal, el declarar las obras salvíficas de Cristo en el Evangelio, en el que se enfoca especialmente 1 Pedro 2:9-10.

Pero ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anuncien los hechos maravillosos de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable. Antes, ustedes no eran un pueblo; ¡pero ahora son el pueblo de Dios!; antes no habían sido compadecidos, pero ahora ya han sido compadecidos.

Observe bien: a quienes “no eran un pueblo”,⁴⁷ Dios los hace su pueblo, su sacerdocio real, su linaje escogido, su nación santa “para que anuncien los hechos maravillosos de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable”. El nuevo creyente se convierte en un testigo del cambio que Dios ha hecho en su vida y de la esperanza que vive en su corazón, una esperanza que está disponible para todos. De sus labios salen buenas palabras que hablan las “excelencias” de Dios y especialmente el mensaje del Evangelio. No lo puede evitar. Es tan natural como respirar, como la vida misma. Así como el cristiano debe orar,⁴⁸ también debe alabar la gracia y la misericordia de Dios. Decir que el creyente no anuncia o, lo que es peor, que no debe anunciar “los hechos maravillosos de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable”, es negar la identidad que uno tiene como sacerdote y rechazar la obra de Cristo para el mundo.

Los sacerdotes de 1 Pedro 2: 9 sirven cuando procla-

extremos de la tierra todos los que se hacen a la mar, y todo lo que hay en sus aguas; todas las costas y sus habitantes!

¹¹ ¡Que eleven su voz el desierto y sus ciudades, las aldeas donde habita Cedar! ¡Que canten los habitantes de Sela! ¡Que lancen gritos de júbilo desde la cumbre de los montes!

¹² ¡Que se glorifique al Señor! ¡Que se anuncien en las costas sus loores!

El versículo 12 también es instructivo, porque la cláusula “*Que se anuncien en las costas sus loores*” junta una raíz del verbo griego *angello* con el sustantivo *arete*. Pedro utiliza esta misma combinación en 1 Pedro 2:9. Luego, en Isaías 43, el Señor llama a Israel “a este pueblo lo he creado para mí, y este pueblo proclamará mis alabanzas” (v. 21). Este capítulo contiene una declaración importante del Señor (vv. 11-21), en la cual él le recuerda a Israel que solo él es el Salvador (v. 11) y quien rescató a Israel de Egipto (v. 14-17). Ellos son sus testigos y, por lo tanto, λαὸν μου ὃν περιεποιήσαμην τὰς ἀρετὰς διηγεῖσθαι, “el pueblo que he creado para mí, y este pueblo proclamará mis alabanzas” (v. 21).

⁴⁷ Las palabras “no eran un pueblo” hacen eco a Oseas 1:8-9, donde el profeta se le dice que a su segundo hijo con Gomer lo llame Loamí, es decir, “no es mi pueblo”. Este juicio sombrío es seguido por la promesa profética de un tiempo en el cual los israelitas habrán de ser innumerables bajo un solo jefe (1:10-11). Eso también se cumple aquí cuando el Señor llama un nuevo linaje, un sacerdocio real, un pueblo santo y adquirido por él.

⁴⁸ Lutero, *Sermons on the Gospel of St. John: Chapters 14–16*, AE 24:89.

man el Evangelio. La proclamación, el dar a conocer las obras maravillosas y las palabras de la gracia de Dios, es la misión de la Iglesia, la misión de todos los sacerdotes, de todos los creyentes. Todo creyente está llamado a confesar “delante de los hombres” la fe que tenemos en Cristo Jesús (Mt 10:32-33). Como lo expresó Lewis Spitz, la exhortación de Pedro en el versículo 9 es directa: “En otras palabras, los creyentes como sacerdotes también deben ser misioneros. ¿Qué otra cosa podrían significar estas palabras: ‘para que anuncien los hechos maravillosos de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable?’”⁴⁹ “El sacerdocio real”, o “los creyentes”, son simples apelativos de la Iglesia en el Nuevo Testamento y, por este motivo, la misión de la Iglesia no es una obra a ser llevada a cabo por unos pocos, consignada solo a algunos o dejada solo a “los profesionales”.⁵⁰ El énfasis del Nuevo Testamento no distinguía a los sacerdotes de las personas. Todos los creyentes eran el sacerdocio real. Todos los bautizados prestaban servicio en las circunstancias en las que Dios los había colocado en la vida. La misión era, y es, obra de todos: un servicio universal, un sacerdocio universal de todos los bautizados, de todos los creyentes.

La palabra misión merece nuestra atención. El latín “*mitto*” y “*mittere*”, en la raíz de “misión”, significa enviar.⁵¹ Pero ¿quién envía a quién? ¿Por qué envía? ¿A dónde son enviados? ¿A quién son enviados?

Primero, ¿quién envía a quién? El envío que importa, por supuesto, es el de Dios. Él envía a su Hijo (Jn 3:16-17). El Padre y el Hijo envían al Espíritu (Jn 14:26). El Dios Trino envía a los discípulos al mundo (Jn 20:21-23). ¿Por qué, a dónde y a quién envía Dios en cada uno de estos

casos? Aquí es donde tenemos que utilizar la palabra misión como un término que indica el propósito por el cual alguien es enviado. Entonces ... la misión del Hijo: es enviado al mundo a redimirlo; la misión del Espíritu: es enviado a la Iglesia para enseñarle y recordarle todo lo que Dios ha hecho en Cristo Jesús; la misión de los discípulos: son enviados a la humanidad (“a cualquiera”) para llevar la Ley y el Evangelio de Dios, o sea, su retención y perdón de pecados.

El foco de la misión de la Iglesia, el sacerdocio real, es claro y distintivo: es declarar las excelencias de Dios al mundo, o sea, dar a conocer el Evangelio y hacer discípulos (Mt 28:19), dando a conocer a Cristo incluso hasta “lo último de la tierra” (Hch 1:8). Sin lugar a duda, los miembros del sacerdocio real fueron “enviados” a Samaria y Antioquía cuando fueron dispersados por persecución y allí proclamaron el Evangelio (Hch 8:1-4; 11:19-21). Pero debemos agregar que el envío no es siempre a una tierra lejana. Ana fue enviada al templo cada día. Cuando vio al niño Cristo bendecido por Simeón, inmediatamente comenzó a hablar de él “a todos los que esperaban la redención de Jerusalén” (Lc 2:38).

Si la misión no siempre implica enviar lejos, tampoco significa que somos enviados solo a los incrédulos, por más importante que eso sea. Llevar las “excelencias” es importante primero para otros dentro del sacerdocio (Ro 1:5-6). Ellos, y nosotros, necesitamos escuchar una y otra vez la historia de la obra de Dios y sus promesas, para que el trío impío del diablo, el mundo y la carne no estrangule la esperanza con la cual se aferran a la cruz y esperan en ansiosa anticipación el regreso del Señor. Entonces, el sacerdocio real proclama las excelencias de Dios en la liturgia semanal, las devociones diarias, estudios bíblicos con otros miembros de la iglesia y conversaciones casuales con un hermano en Cristo.

Esto no debe ser dejado de lado. Nuestra vocación, o sea, nuestro llamado de Dios, es a personas y lugares específicos: familia, trabajo, sociedad, congregación. En una paradoja maravillosa, Dios nos *envía* (*missio*) primero a las personas y lugares donde nos ha *llamado* (*vocatio*). Los padres deben criar a sus hijos enseñándoles la Palabra (Ef 6:4). De hecho, en el contexto de 1 Pedro 2:9-10, Pedro da ejemplos detallados de algunas maneras en las cuales el sacerdocio real lleva a cabo su proclamación en las vocaciones personales. Los ciudadanos se someten a las autoridades (2:13-17), los empleados a sus empleadores (2:18-24), las esposas a sus esposos (3:1-6) y los esposos cuidan de sus esposas (3:7). Estas actividades de los sacerdotes reales incluyen tanto palabras *como* conductas.

⁴⁹ Lewis Spitz, “The Universal Priesthood of Believers,” en *The Abiding Word: An Anthology of Doctrinal Essays for the Year 1945*, ed. Theodor Laetsch, vol. 1 (St. Louis: Concordia Publishing House, 1946), 339.

⁵⁰ Si bien el Nuevo Testamento utiliza diversos términos para referirse al ministerio, parece favorecer el término *diakonia* más que *leitourgein*, un término con un tono más sacerdotal (aunque no debemos ver la palabra elegida como anti sacerdotal). La Septuaginta a menudo utilizaba formas de *leitourgein* al hablar del ministerio como servicio, por lo que los escritores del Nuevo Testamento seguramente deben haber estado familiarizados con ese vocabulario. ¿Por qué, entonces, utilizar *diakonia*? Quizás porque los escritores inspirados del Nuevo Testamento querían enfatizar el servicio de todo el pueblo de Dios como una nación santa y sacerdocio real, algo que había recibido una atención mínima comparado con el servicio formal del sacerdocio levítico en el Antiguo Testamento.

⁵¹ Debe ser mencionado que no hay un término hebreo o griego exacto equivalente al término “misión” y que la palabra rara vez aparece en las traducciones inglesas. La forma del verbo “enviar” es utilizada frecuentemente tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento (dos verbos griegos, apostello [ἀποστέλλω] y pempo [πέμπω]). Más importante, apostello es la raíz del sustantivo “apóstol”, con su sentido de alguien enviado con toda la autoridad de quien lo envió.

¿Y qué acerca de “lo último de la tierra”? Podríamos pensar en el otro lado del globo o en un campo misional remoto en un lugar lejano. Por supuesto que tales lugares están incluidos, pero “lo último de la tierra” para los judíos creyentes que vivían en Palestina en el tiempo de Jesús probablemente significaba algo diferente. Su forma de pensar era como la caricatura que *The New Yorker* publicó una vez en su portada:⁵² una cuadrícula de Manhattan dibujada con cierto detalle, y al oeste del otro lado del río Hudson un cuadrado, del tamaño de una manzana de ciudad, que contenía Nueva Jersey, Texas, Chicago, Kansas City, Los Ángeles y Las Vegas. El mundo de *The New Yorker* giraba en torno a las pocas millas cuadradas del centro de Manhattan. Ningún otro lugar contaba realmente. ¿Harlem, el Bowery o uno de los cinco distritos? Eso no es Manhattan. ¿New Jersey? No es Manhattan. ¿Esos otros lugares? Ninguno de ellos es Manhattan y eso es todo lo que importa. El judío del primer siglo tenía una mentalidad similar; no necesitaba ir a los pilares de Hércules en Gibraltar, o incluso más allá, para ver el mundo. El primer desafío, entonces, era simplemente dar un paso más allá de la seguridad y la familiaridad. En Hechos 1:8, cuando Jesús envía a los discípulos, comienza con Jerusalén, luego con Judea, luego con Samaria, todo eso antes de “lo último de la tierra”.⁵³

Esa es la geografía de Hechos. El testimonio apostólico se entrega a Jerusalén: a los extranjeros que llenan la ciudad, a un hombre cojo, a quienes oyen y a quienes son hostiles (HECHOS 2-7). Luego, cuando la Iglesia se dispersa, los individuos del sacerdocio real que no son apóstoles llevan el mensaje a Judea, a Samaria y a Damasco, donde se bautiza Saulo (HECHOS 8-9). En el camino, Lucas nos cuenta de un milagroso envío de Felipe al desierto donde se encuentra, enseña y bautiza a un eunuco etíope (HECHOS 8). En Hechos 10 se relata cómo Pedro es enviado a Cesarea en la costa, a la casa del gentil Cornelio, quien creyó el mensaje de Pedro. Con estos eventos, está claro que la Iglesia fue a las naciones y que el sacerdocio real es para judíos y gentiles por igual. Y al llegar al final del libro, Pablo está en Roma enviado en circunstancias para nada envidiables, pero aun así proclamando el Evangelio (HECHOS 28). En esta historia

⁵² El título era “Vista del mundo desde la Avenida 9”, por Saúl Seiberg. Apareció en la portada del ejemplar del 29 de marzo de 1976. En internet se pueden encontrar reproducciones electrónicas.

⁵³ Es de notar que la idea de que la misión debe implicar ante todo ir a otras tierras no se volvió prominente hasta la época del movimiento misionero en el siglo diecinueve. Ver David J. Bosch, *Transforming Mission: Paradigm Shifts in Theology of Mission* (Maryknoll, NY: Orbis Books, 1991), 341.

de la Iglesia primitiva vemos el cumplimiento de la promesa de Cristo en su ascensión de que sus seguidores vendrían de todo el mundo, exactamente igual que como habría de expandirse su reino. Esa es la última promesa que debía cumplirse antes de que Cristo regrese en el último día. Pero el éxito en Hechos apenas pone fin a la misión. Más bien, significa que estamos viviendo en tiempo prestado o, mejor aún, en el tiempo otorgado por Dios para difundir la Palabra. Y mientras haya creyentes, es decir, mientras haya miembros del sacerdocio real, habrá necesidad de servicio y habrá personas para servir. Si bien el encargo de Cristo a sus seguidores en su ascensión fue su última promesa (ahora cumplida) y no habrá más por venir hasta que regrese, y si bien debemos esperar su regreso cualquiera y todos los días (1 TES 5:1-5), esto no es razón para dejar de trabajar. Más bien, al no saber cuánto tiempo queda, es una razón más para redoblar los esfuerzos en las misiones. *Tempus fugit!*

Debería ser claro, entonces, que la misión de la Iglesia (el sacerdocio real, los bautizados) comienza en el hogar pero no termina con la familia y los miembros de la iglesia. Los sacerdotes reales son siervos reales. La realeza reina (es un sacerdocio real) y desde esa posición de reinado, sin ser esclavo de nadie, el sacerdote es libre para servir desinteresada y sencillamente como un sacrificio vivo, enfocándose en un reino que es tan ancho como el reino de Dios. El sacerdocio real extiende la obra que Cristo vino a hacer, continuando la proclamación de libertad a los cautivos (Lc 4:18). Esta palabra de libertad es la palabra de Aquél que ha conquistado el pecado, la muerte y el diablo para el mundo.

Así como cada creyente ha recibido las bendiciones de la muerte y resurrección de Cristo junto con el Espíritu prometido, así también cada creyente recibe la tarea u *oportunidad* de darlas a conocer al mundo. Sin embargo, esto no significa que cada miembro del sacerdocio real ofrece un servicio sacerdotal idéntico. Si bien de diferentes maneras todos proclaman las excelencias de la gracia salvífica de Dios en Cristo Jesús, esto no quiere decir que todos son pastores o ministros o maestros de la iglesia. (Esto también significa que no todo sacerdote real es igualmente adepto a hablar a otros de Jesucristo.) Por lo tanto, las Sagradas Escrituras enseñan no solo el sacerdocio general de todos los creyentes, sino también el oficio público particular del ministerio. “No se convierta la mayoría de ustedes en maestros” (Sr 3:1). Por lo tanto, hay diferentes dones dados por el Espíritu a la Iglesia y diferentes maneras de servir, pero todas sirven al “bien común” y a la misión de

dar a conocer el nombre y las obras del Señor que salva (1 Co 12).

La implementación de todos los dones de los creyentes tiene como fin la obra central o misión de la Iglesia: la proclamación del Evangelio. La Iglesia existe y se expande solo donde se encuentra esta misión. Formación significa proclamación del Evangelio: la palabra en la cual el Espíritu obra para crear, construir y sostener la Iglesia de Cristo. La misión no es extra curricular. Es básica y esencial a la vida de la iglesia, y todos los creyentes están inextricablemente ligados a esta misión. Es imposible ser creyente, o sea, estar en el sacerdocio real, y no estar involucrado en esta misión. Todos los miembros del sacerdocio real reciben dones *del Espíritu Santo* y solo la obra del Espíritu hace posible la confesión que marca a la Iglesia: “Por tanto, quiero que sepan que nadie que hable por el Espíritu de Dios puede maldecir a Jesús; y que nadie puede llamar ‘Señor’ a Jesús, si no es por el Espíritu Santo. Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo” (1 Co 12:3-4). Él da poder a los creyentes al distribuir sus dones, y siempre para permitir la confesión que une al sacerdocio real como un pueblo santo, católico y apostólico, la Iglesia.

Si bien es cierto que hay continuidad con el Antiguo Testamento, y si bien en algunos aspectos las ideas sobre el sacerdocio y el servicio son continuadas en el Nuevo Testamento, es claro que el Nuevo Testamento también ha transformado el sacerdocio y el servicio. Hemos escuchado la descripción de tal transformación en las epístolas y la hemos visto puesta en práctica en el Libro de los Hechos. A medida que la historia se fue extendiendo más allá de los textos del Nuevo Testamento, la tarea de la Iglesia fue continuar en esa línea, llevando tal transformación al mundo y cultura no judíos (aun cuando el testimonio a los judíos siguió siendo una tarea importante). La tarea era ser fieles al mensaje, a la vez que traducir ese mensaje a personas en circunstancias nunca antes imaginadas. Cuanto más se extendían esos últimos días, más le correspondía a la Iglesia vigilar esta idea del sacerdocio real para que no perdiera su identidad y misión. Si bien se hicieron esfuerzos, a la larga el enfoque cambió.

III. EL SACERDOCIO EN LA IGLESIA PRIMITIVA Y MEDIEVAL

“¿Acaso nosotros, los laicos, no somos sacerdotes?” — Tertuliano

LAS BENDICIONES Y EL PRIVILEGIO de la relación que disfrutaban quienes eran sacerdotes en el sacerdocio real de Dios, se transfirieron a la iglesia primitiva.⁵⁴ Mientras la nomenclatura y la estructura del ministerio público aún se estaban desarrollando, aquellos cristianos a quienes llamaríamos de “laicos” habían tomado un papel activo en la vida del cuerpo de Cristo.⁵⁵ La asamblea de todos los creyentes continuó con sus responsabilidades y tareas como sacerdocio real y también aprobó a individuos designados de entre ellos para que les sirvieran en el ministerio público.⁵⁶

Clemente, un obispo de Roma del siglo uno (desde el 88 hasta el 99 d.C.), instó a los creyentes en Corinto: “Cada uno de ustedes, hermanos, dé gracias a Dios con su propio grupo manteniendo una buena conciencia, sin sobrepasar el gobierno designado de su ministerio, sino obrando con reverencia.”⁵⁷ Si bien no sabemos exactamente lo que Clemente quiso decir con la frase “con su propio grupo” (el griego es *tagma*), claramente los receptores de la carta de Clemente habrían entendido

⁵⁴ En esta sección resumimos la obra de Cyril Eastwood, *The Royal Priesthood of the Faithful: An Investigation of the Doctrine from Biblical Times to the Reformation* (Minneapolis: Augsburg, 1963).

⁵⁵ El término “sacerdote” es aplicado a Cristo mayormente en los Padres de la Iglesia Primitiva (pre-nicenos), y luego también a los laicos; pero también llegó a aplicarse a quienes servían en el ministerio público: primero a los obispos y luego a los presbíteros. Ver “Priesthood,” en Everett Ferguson, ed. *Encyclopedia of Early Christianity* (New York: Garland, 1990). El término castellano deriva aparentemente del griego *presbyter* en su transición por el latín y luego el alemán.

⁵⁶ *1 Clement* 44:3. Ver Michael W. Holmes, ed. y trad., *The Apostolic Fathers: Greek Texts and English Translations* (Grand Rapids: Baker Academic, 2007), 105

⁵⁷ *1 Clement* 41:1, en Holmes, 99.

lo que él tenía en mente, con las obligaciones o tareas específicas que se esperaba de ellos. que probablemente no eran insignificantes. Sabemos que los laicos de la iglesia primitiva bautizaban, recibían confesiones en el lecho de muerte y en ocasiones predicaban. Por ejemplo, cuando Orígenes (a finales del siglo dos y principios del siglo tres) todavía era catequista, predicó en Cesarea, una actividad apoyada por Alejandro de Jerusalén, quien observó que los obispos de otras partes de Asia Menor habían permitido a otros laicos a hacer lo mismo.⁵⁸

El punto aquí simplemente es que Clemente y la comunidad cristiana entendieron que todos los involucrados (el pueblo y aquellos en el oficio público) tenían roles particulares que desempeñar, y que todos debían respetar las responsabilidades de los demás y cumplir con sus tareas propias.⁵⁹ Quienes estaban involucrados en la comunidad cristiana local proporcionaron supervisores y diáconos para que ministraran en su medio, identificando a aquellos con dones y talentos adecuados para la tarea. En los capítulos 42, 44 y 48, *1 Clemente* escribe sobre la iglesia en Corinto, identificando y brindando asistencia a quienes ministrarán en el oficio público, usando sus habilidades para la edificación de todos. El apóstol Pablo le había

⁵⁸ Eastwood, 56.

⁵⁹ En el capítulo 40 de *1 Clemente* se enfatiza la importancia del buen orden: “Por lo tanto, quienes hacen sus ofrendas en el momento establecido son aceptados y bendecidos, porque quienes siguen las instrucciones del Maestro no pueden estar equivocados. Porque los servicios apropiados han sido dados al sumo sacerdote, y se ha asignado a los sacerdotes el oficio apropiado, y a los levitas se les han impuesto los ministerios apropiados. El laico está restringido por las reglas del laico.” (*1 Clemente* 40:3–5, en Holmes, 99). Aunque no se sabe a ciencia cierta, la referencia “al laico” en este contexto parece ser paralela a la de “los levitas” en la oración precedente.

dejado a Clemente suficiente guía en sus epístolas pastorales. De esta manera, podía exhortar tanto al pueblo como a aquellos en el oficio público dentro de la comunidad cristiana a respetar el trabajo llevado a cabo por todos los interesados desde todos los ámbitos. Los laicos deben honrar a quienes sirven en el oficio público que se les ha encomendado, y quienes están en el oficio deben permitir que los laicos sean verdaderamente el cuerpo de Cristo.

Policarpo, un obispo del siglo dos, demostró en su epístola a los filipenses exactamente el tipo de espíritu que un cristiano debía tener.⁶⁰ Aunque en una posición de autoridad, respondió en tono generoso a una solicitud de consejo: “Estoy escribiendo estos comentarios sobre la justicia, hermanos, no por mi propia iniciativa, sino porque ustedes me invitaron a hacerlo.”⁶¹ Aunque Policarpo tuvo un rol particular que desempeñar, es notable que usara el término hermanos al ver a las personas involucradas activamente en la vida de la congregación. Así, por ejemplo, cuando hubo un problema con un presbítero, Policarpo pidió que “sean razonables en este asunto, y no consideren a esas personas como enemigas, sino que, como miembros enfermos y descarriados las restauren, para que puedan salvar su cuerpo en su totalidad.”⁶² Las viudas no eran marginadas, sino que como “altar de Dios”, ofrecían oraciones por los miembros de la comunidad.⁶³ En general, Policarpo subrayó la idea del sacrificio en respuesta a la identidad que los creyentes tienen como miembros del sacerdocio real de Cristo.

Justino Mártir, otro teólogo del siglo dos, enfatizó la acción corporativa de la comunidad en la Eucaristía, ya que las personas ofrecían oraciones y, cuando terminaban, traían pan, vino, y agua para la celebración del sacramento.⁶⁴ Aunque Justino habla del ministerio público (quien preside en la celebración) también se refiere a los presentes como “la verdadera raza sumo sacerdotal de Dios.”⁶⁵ Y después del sacrificio de acción de gracias, cuando recibían la Santa Cena, también había un sacrificio de servicio ofrecido por el pueblo sumo sacerdotal cuando cuidaban a los enfermos, a los huérfanos, a las viudas, a los encarcelados y a los que

necesitaban protección, que encontraban en medio de ellos y en su comunidad.⁶⁶

Este servicio sacerdotal ocurre no para convertirse en alguien o algo especial, sino porque los cristianos ya tienen una identidad especial. Justino señala que, al igual que en el Antiguo Testamento quienes eran descendientes de Jacob (también llamado Israel) tomaron su nombre, así los que son de Cristo llevan su nombre y son llamados hijos de Dios.⁶⁷ En ese sentido y debido a esta relación, Justino llama a los cristianos a llevar a cabo una misión especial: “Por la voluntad de Dios se hizo hombre, y nos dio esta enseñanza para la conversión y la restauración de la humanidad.”⁶⁸ ¿Y qué ha sucedido? Justino escribe: “Porque de Jerusalén salieron al mundo hombres, doce en número, y estos analfabetos sin capacidad para hablar, pero por el poder de Dios proclamaron a cada raza de hombres que ellos fueron enviados por Cristo para enseñar a todos la palabra de Dios; y nosotros, que antes solíamos asesinarlos unos a otros, ahora no solo nos abstenemos de hacer la guerra a nuestros enemigos, sino también de mentir o engañar a nuestros examinadores, muriendo de buena gana confesando a Cristo.”⁶⁹ El mismo Justino fue un excelente ejemplo de esto, pero también lo fueron muchos otros que ofrecieron no solo sus palabras, sino también sus propias vidas como una especie de sacrificio en su llamamiento sacerdotal. El punto aquí de nuevo es que los creyentes cristianos eran activos en su testimonio y en su servicio, como quienes tienen una identidad especial.

Aún en el siglo dos Ireneo vio que la iglesia tenía una naturaleza sacerdotal debido al carácter sacerdotal de todos los que la formaban.⁷⁰ Cuando acusaron a los discípulos de Jesús de trabajar durante el sábado después de arrancar y comer granos mientras caminaban por el campo, Jesús señaló lo que David hizo en el Antiguo Testamento, cuando comió el pan de la Presencia, comentando que tal comida no estaba permitida sino a los sacerdotes. Eso significaba que David era en efecto un sacerdote ante los ojos de Dios. Como Ireneo escribió: “Todos los justos poseen el rango sacerdotal.”⁷¹ La iglesia tiene un carácter sacerdotal porque Dios así lo ha

⁶⁰ Ver Eastwood, 59–61.

⁶¹ *The Letter of Polycarp to the Philippians* 3:1, in Holmes, 283.

⁶² *The Letter of Polycarp to the Philippians* 11:4, in Holmes, 293, 295.

⁶³ *The Letter of Polycarp to the Philippians* 4:3, in Holmes, 285.

⁶⁴ Ver Eastwood, 61–66.

⁶⁵ *Dialogue with Trypho* 116 (ANF 1:257).

⁶⁶ *The First Apology of Justin* 67 (ANF 1:186).

⁶⁷ *Dialogue with Trypho* 123 (ANF 1:261).

⁶⁸ *The First Apology of Justin* 23 (ANF 1:170–71).

⁶⁹ *The First Apology of Justin* 39 (ANF 1:175–76).

⁷⁰ Ver Eastwood, 66–70.

⁷¹ *Iraeneus against Heresies* 4.8.3 (ANF 1:471).

dispuesto, dando dones espirituales para ser puestos al servicio. Y el servicio supremo es el esfuerzo que se hace para la salvación de todos.

Matetes, otro maestro de la iglesia primitiva, hizo esta analogía: los cristianos están en el mundo, así como el alma está en el cuerpo ... está allí para animarlo y sostenerlo. “Dios les ha asignado esta posición ilustre, a la cual les era ilegal renunciar.”⁷² Es decir, no se puede evitar el ministerio y la misión del sacerdocio para dar a conocer la salvación. Dicho de otra manera, testificar o hacer misión no es tarea solo de quienes ocupan el oficio público. Es tarea de todos los miembros del cuerpo, todos los que forman parte del sacerdocio real. Al menos así es como Ireneo, Matetes y la iglesia primitiva lo entendieron. Ireneo es conocido por su fuerte apoyo a los líderes episcopales en la iglesia, pero también tuvo en alta estima a los cristianos en general, quienes guiaban y quienes eran servidos. Como escribió: “No es posible nombrar la cantidad de los dones que la iglesia, dispersa por todo el mundo, ha recibido de Dios.”⁷³

Si bien Tertuliano entendió que hay quienes ciertamente sirven públicamente, también vio a todas las personas tocadas por el Espíritu Santo como sacerdotes que ofrecen sacrificios espirituales a Dios. Se refirió a todos los cristianos cuando dijo: “Somos los verdaderos adoradores y los verdaderos sacerdotes orando en el espíritu, el sacrificio... que con seguridad él ha requerido, lo que él ha esperado para sí mismo.”⁷⁴ Para Tertuliano, la iglesia está compuesta de personas espirituales que ofrecen un sacrificio espiritual de oración y ejercen un sacerdocio espiritual, viviendo en una disciplina que se aplica a todos los sacerdotes, es decir, a todos los creyentes. Entonces, por ejemplo, Tertuliano espera que los estándares con respecto al matrimonio que se aplican en el ministerio público sean también aplicados a todos los cristianos. Él pregunta retóricamente: “¿A caso nosotros, los laicos, no somos sacerdotes?”⁷⁵ Para Tertuliano la iglesia no significa el clero, sino todos los creyentes. Y aunque ciertamente ellos quieren que se ocupe el oficio público, Tertuliano permite que “donde no haya una sesión conjunta de la orden eclesiástica, uno ofrece, bautiza y es sacerdote por sí mismo.”⁷⁶ No debemos ver esto como una invitación a que cada uno

haga lo que quiera. Más bien, establece el nivel alto que espera de parte de los creyentes. “Por lo tanto, si tienes los derechos de un sacerdote en casos de necesidad, te corresponde también tener la disciplina de un sacerdote toda vez que sea necesario tener el derecho de un sacerdote.”⁷⁷

Tertuliano espera mucho de los laicos.⁷⁸ De hecho, el disgusto que tenía por la creciente división entre los laicos y el clero fue lo que lo llevó finalmente a la moral ultra estricta del montanismo. Y, aunque Tertuliano finalmente sería condenado por la iglesia, esa condena no se debió a su énfasis en el sacerdocio de los laicos o sus advertencias sobre el clero que actuaba como si su oficio los hiciera superiores a los laicos. Eastwood señala que quienes siguieron la iniciativa de Montano no fueron obligados inicialmente a abandonar la iglesia por falsas enseñanzas, sino que se alejaron solos y posteriormente fueron condenados como herejes después de haberse separado de la iglesia.⁷⁹ Como se señaló anteriormente, Tertuliano enseñó acertadamente que los laicos, al igual que el clero, estaban sujetos a las palabras de Cristo sobre el divorcio y el nuevo matrimonio (Mt 5:31-32; 19:3-9 y paralelos) porque los laicos también eran sacerdotes (“¿A caso nosotros, los laicos, no somos sacerdotes?”) y, por lo tanto, también se refirió a la validez del Bautismo realizado por un laico.⁸⁰ Tertuliano no estaba solo buscando el camino elevado para los creyentes en la era patristica. Eso era lo que se esperaba de quienes estaban marcados por el sacerdocio espiritual descrito en el Nuevo Testamento.

Similar a Tertuliano, Orígenes, otro de los primeros autores cuyas falsas enseñanzas fueron finalmente condenadas, también se refirió al sacerdocio real, una enseñanza que nunca fue condenada, diciendo: “Porque todos los que han sido ungidos con la unción del sagrado crisma, han sido hechos sacerdotes.”⁸¹

Eastwood señala que ninguno de los padres de la iglesia primitiva que se mencionan aquí trató el sacerdocio espiritual o universal de manera extensa y exhaustiva. Comentaron sobre el concepto, en cambio, en la medida en que encontraban problemas específicos. El hecho que puedan manejar el concepto

⁷² The Epistle of Mathetes to Diognetus 6[, 5] (ANF 1:27).

⁷³ *Irenaeus against Heresies* 2.32.4 (ANF 1:409).

⁷⁴ *On Prayer* 28 (ANF 3:690).

⁷⁵ *An Exhortation to Chastity* 7 (ANF 4:54). See Eastwood, 75.

⁷⁶ *An Exhortation to Chastity* 7 (ANF 4:54).

⁷⁷ *An Exhortation to Chastity* 7 (ANF 4:54).

⁷⁸ Ver Eastwood, 73-75.

⁷⁹ Eastwood, 75.

⁸⁰ *An Exhortation on Chastity* 7 (ANF 4:54).

⁸¹ *Homilies on Leviticus* 9:9 como está citado en Eastwood, 77. Ver su comentario sobre Orígenes, 76-80.

de una manera tan práctica, sin necesidad de establecer primero una base teórica más amplia, sugiere que el sacerdocio universal o espiritual de todos los creyentes no era una enseñanza oscura sino que era ampliamente aceptada y entendida por quienes leían sus diversos textos. Comprendían que toda la iglesia era un pueblo sacerdotal y, si bien había quienes presidían públicamente la adoración, todos ofrecían un sacrificio espiritual a causa de su identidad espiritual y su relación con Cristo. Parecería que el sacerdocio de los bautizados no era una noción extraña, sino que se entendía y ejercía a partir de las ideas presentadas en el Nuevo Testamento.⁸² Otros temas dominaban la vida y el pensamiento de la iglesia primitiva y sus teólogos: por ejemplo la Trinidad o la persona y obra de Cristo. El hecho que el sacerdocio de los creyentes cristianos no exigiera la misma atención sugiere que, en general, fue comprendido y aceptado.

La puerta al cambio fue abierta en el siglo tres por Cipriano (ca 200-258 d.C.), quien, debido a las circunstancias en las que vivió y trabajó, enfatizó la importancia de los sacerdotes en el oficio público y mostró lo que hacían en una forma ligeramente diferente. Eastwood resume la opinión de Cipriano: “Él entendió que los obispos eran un sacerdocio *especial* y tenían un *sacrificio especial para ofrecer*. Así que la raza sumo sacerdotal dio lugar a una clase sumo sacerdotal y los sacrificios espirituales dieron lugar a un sacrificio real ofrecido a Dios en la Eucaristía.”⁸³ Los primeros cristianos eran en gran parte judíos, por lo que era natural que comprendieran el sacerdocio y el sacrificio a partir primero del trasfondo del Antiguo Testamento, y luego de la imagen de Cristo en el Nuevo Testamento y del material de los textos del Nuevo Testamento. Pero los gentiles que iban llegando a la fe en números cada vez mayores no compartían ese mismo trasfondo sino que a menudo veían las cosas desde una perspectiva diferente, a la vez que estaban familiarizados con la adoración en el templo griego y sus sacerdotes. El sacrificio de Cristo por los pecados, el gran sumo sacerdote que se ofreció a sí mismo, era algo difícil de entender. Y decir que todos los creyentes eran espiritualmente sacerdotes podría ser algo confuso. Si los sacrificios son espirituales, podría parecer que no hay sacerdotes reales, que el cristianismo es una fe sin sacerdotes.

En contraste, las prácticas religiosas y la jerarquía

política del imperio y sus ciudades eran conocidas por los nuevos conversos. Las ciudades principales tenían templos y sacerdotes y Roma tenía un orden político bien estructurado. En consecuencia, como señala Eastwood, con el tiempo “el gobierno imperial se convirtió en el patrón sobre el que se basaba la supervisión eclesiástica”.⁸⁴ Como resultado, la iglesia insistió no solo en las enseñanzas especiales (la ortodoxia) sino también en prácticas especiales, e hizo cumplir la enseñanza y la práctica con igual vigor. Una violación de la unidad en la práctica resultaba en excomunión con tanta rapidez como una violación de la doctrina ortodoxa.⁸⁵

Cipriano fue parte de esto, insistiendo en un patrón de unidad que incluyera tanto la doctrina como la práctica, garantizado en el oficio del obispo. Hablando en nombre de la iglesia, él simplemente decía que tenemos a quienes están en autoridad (obispos y otros clérigos) que son una especie de sacerdocio especial. Este no es el real sacerdocio de todos los bautizados. Los sacerdotes de Cipriano tienen un sacrificio especial que ofrecer: no solo el sacrificio de la oración o el culto o la vida cristiana, sino el sacrificio de la Eucaristía. Poniendo la mejor intención en esto, Cipriano esperaba dar respuesta a las preguntas. Sin embargo, aquí vemos un nuevo entendimiento y énfasis tanto en “sacerdote” como en “sacrificio”. Cipriano abrió la puerta a la manera en que la iglesia llegaría a entender el clero, así como el sacerdocio universal. Irónicamente, incluso como organización y cuando esta distinción comenzó a crecer, la iglesia estaba desarrollando una forma de enfrentar los desafíos externos e internos más tarde en la Edad Media. Las bases y la distinción aquí establecidas serían tanto una ventaja como una desventaja para la iglesia. A medida que la iglesia crecía, pudo mantener la continuidad y la consistencia solo al seleccionar un pequeño número de líderes e investirlos con significativa autoridad.

El liderazgo de la iglesia había sido importante desde que los padres apostólicos y sus sucesores habían transmitido el mensaje de Cristo y los apóstoles, incluso cuando los textos del Nuevo Testamento se estaban escribiendo y recopilando. A medida que pasaba el tiempo y la iglesia se extendía y crecía en número (¡algo bueno!) el liderazgo de los obispos llevó a cabo muchas tareas para mantener la identidad y la continuidad de la iglesia. Es comprensible que el obispo fuera elevado y respetado por las cosas que hacía. Agregaba personas a

⁸² Eastwood, 80.

⁸³ Eastwood, 80. Ver su discusión completa de Cyprian, 80–90.

⁸⁴ Eastwood, 81.

⁸⁵ Ver Eastwood, 81–82.

la iglesia a través del Bautismo, confirmaba el Bautismo con la imposición de manos, y llevaba a las personas a la comunión con Cristo en la Cena que seguía. El obispo estaba con las personas en estos importantes pasos. Pero Cipriano fue más allá y enfatizó que la iglesia y el oficio eran en gran medida idénticos: “Ellos son la iglesia, un pueblo unido al sacerdote y un rebaño que se adhiere a su pastor. Por ese motivo debes saber que el obispo está en la iglesia y la iglesia en el obispo.”⁸⁶ Entonces, lo que hacen los que están en el oficio público, y lo que se ofrece, está ahora marcado también por una definida nota de autoridad. (La participación de Constantino en el siglo cuarto más tarde serviría para resaltar este enfoque en el que los esfuerzos por ser identificados y liderados por la teología también se vieron reforzados por la organización o la práctica).

Sin duda, aquellos en el oficio público, especialmente los obispos, fueron importantes para guiar la fe y enseñar la verdad salvadora, y sirvieron como una red útil para una iglesia en algún lugar remoto. Pero fallaron en unificar completamente a la iglesia. Como dice Werner Elert luego de rastrear las excomuniones entre los obispos en la iglesia primitiva, todos jactándose por igual de la legitimidad de su sucesión y cargo: “Si la unidad de la iglesia descansara sobre los obispos y su sucesión apostólica, estaría descansando en algo bastante inseguro.”⁸⁷ Además, cuando Cipriano dice que la Cena del Señor es un sacrificio del Señor, y que el poder de ofrecerlo descansa en el obispo que sacrifica la pasión del Señor, abre la puerta para un cambio en la forma en que se percibe a quienes están en el cargo público: ya no es más una simple distinción, sino el inicio de una elevación. El creciente consenso de que el sacerdocio significa el clero, ubica la responsabilidad de mantener la unidad de la iglesia, la pureza de su enseñanza y la coherencia o regularidad de su culto, en el sacerdote clerical que ofrece el sacrificio eucarístico. Esta es una combinación poderosa; y si bien nadie intentó eclipsar la idea del sacerdocio universal, la realidad es que dio lugar a un nuevo tono y estableció una nueva dirección. Con el tiempo, la complementariedad del servicio del oficio público con el servicio ofrecido por todos en el

sacerdocio real habría de distorsionarse.

A pesar de que Cipriano estableció la dirección que en su mayor parte seguiría el cristianismo sobre el tema del sacerdocio, otro padre de la iglesia volvió a examinar los temas clave del Nuevo Testamento, dejando ideas que serían revividas mucho después de él. Agustín (354-430 d.C.)⁸⁸ arroja una luz importante sobre lo que sucede en el Bautismo cristiano, donde se dan tres bendiciones: el perdón de los pecados, la pertenencia al cuerpo de Cristo y el otorgamiento del Espíritu Santo. Agustín sabía, por supuesto, que el Bautismo no producía instantáneamente cristianos maduros, pero sus bendiciones eran reales. En él está el perdón real cuando uno es liberado del poder del pecado. En él está la membresía real en el cuerpo, donde uno encuentra un lugar para crecer y desarrollarse, para resistir al pecado y obtener fuerza espiritual. En él, el Espíritu nos otorga un lugar para crecer y desarrollarnos. Aunque el cristiano se bautiza solo una vez, la señal y la sustancia del Bautismo permanecen como un recordatorio de la gracia dada durante toda la vida. No es de extrañar, como lo recordó en sus Confesiones, que Agustín deseara haber sido bautizado antes.⁸⁹ (Agustín describe cómo su madre había seguido la práctica común, pero desafortunada, de retrasar el bautismo para que los pecados cometidos no arruinaran su efecto, una premisa y práctica que él rechaza).

Agustín ligó el sacerdocio de los creyentes al sumo sacerdocio de Cristo, declarando con el salmista que anhelaba el servicio más humilde entre el pueblo de Dios porque es el sacerdocio de Cristo, quien es “el mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre. Este es el pueblo al que el apóstol Pedro llama de ‘un pueblo santo, un sacerdocio real’”⁹⁰ Agustín vio que el Bautismo era una acción sacerdotal de Cristo, así como una acción sacerdotal de toda la iglesia,⁹¹ y que el lavamiento de Cristo es lo que hizo a los fieles también sacerdotes en virtud de la fe que habían recibido y por el lugar que tenían en la iglesia, el cuerpo de Cristo. Los sacerdotes no potencian el Bautismo; Cristo lo hace: “Mi origen es Cristo, mi raíz es Cristo, mi cabeza es Cristo... Porque creo, no en el ministro por cuyas manos soy bautizado, sino en aquél que justifica a los impíos, para que mi fe

⁸⁶ Epistle 48.8 (ANF 5.374–75) (To Florentius Pupiananus, on Calumniators; Epistle 46 in the Oxford edition). Esto refleja a Ignacio: “Donde aparece el obispo, allí está la multitud de personas; así como donde está Jesús, allí está la Iglesia Católica.” Sin embargo, Ignacio centra su punto de vista del obispo en su rol eucarístico, por medio del cual Cristo está presente en su cuerpo. Ver *Letter to the Smyrneans* (ANF 1.184).

⁸⁷ Werner Elert, *Eucharist and Church Fellowship in the First Four Centuries*, trad. al inglés por Norman Nagel (St. Louis: Concordia Publishing House, 1966, 2003), 53.

⁸⁸ Ver el capítulo de Eastwood sobre Agustín, 91–101.

⁸⁹ Eastwood, 92, citas de *The Confessions of St. Augustine* 1.11.

⁹⁰ *Concerning the City of God against the Pagans*, trad. al inglés Henry Bettenson (New York: Penguin Books, 1972), 17.5.728.

⁹¹ Eastwood, 92–93.

me sea contada como justicia.”⁹² El hijo bautizado de Dios ahora disfruta de una nueva identidad con Dios como Padre y también tiene una gran diversidad de hermanos y hermanas, todos marcados por la cruz de Cristo en el Bautismo. La Palabra proclama que el Bautismo tiene un amplio efecto: no solo cambia a quien está siendo lavado, sino que, a medida que las personas la oyen, se reconocen como personas marcadas por la cruz, pueblo de Dios, su sacerdocio real.

En los bautismos en los días de Agustín, la confirmación ocurría a menudo junto con la entrega de crisma (unción con aceite). Se realizaba en una sola ceremonia e involucraba acciones vinculadas. Una vez que una persona se hacía miembro del cuerpo y se le daba un lugar en la iglesia en el Bautismo, la confirmación validaba esa identidad y la sellaba como una persona ahora equipada para el servicio en la iglesia y su misión, en la medida en que el Espíritu de Dios proveyera. El crisma era otra señal más de que la persona estaba equipada para servir en el reino de Cristo. Al comentar sobre Apocalipsis 20:6, Agustín escribió: “Esto claramente no significa solo los obispos y presbíteros, que ahora reciben el nombre distintivo de ‘sacerdotes’ en la iglesia; sino que, así como llamamos ‘Cristos’ a todos los cristianos en virtud de su unción sacramental (crisma), también los llamamos ‘sacerdotes’ porque son miembros del único Sacerdote. Y el apóstol Pedro dice que ellos son ‘un pueblo santo, un sacerdocio real’”.⁹³

Del mismo modo en que la ordenación consagraba a una persona al Oficio del Ministerio Público, los confirmados que recibían ese crisma estaban capacitados para los diversos servicios en el cuerpo de Cristo. El sacrificio a realizar podía llegar a un extremo: el martirio. También sería una vida marcada por la humildad y la doxología por lo que Cristo da. Como dice Agustín en *La Ciudad de Dios*:

A este Dios le debemos nuestro servicio (lo que en griego se llama *latría*) ya sea en los diversos sacramentos o en nosotros mismos. Porque somos su templo, colectivamente y como individuos... Cuando elevamos nuestros corazones a él, nuestro corazón es su altar. Lo propiciamos por nuestro sacerdote, su Hijo unigénito. Le sacrificamos víctimas manchadas de sangre cuando luchamos por la verdad “hasta el derramamiento de nuestra

sangre”. Quemamos para él el incienso más dulce cuando estamos en su presencia, ardiendo de amor devoto y santo. Le prometemos y ofrecemos los dones que nos ha dado, y el don de nosotros mismos... Le ofrecemos, sobre el altar del corazón, el sacrificio de humildad y alabanza, y la llama sobre el altar es el fuego ardiente de la caridad.⁹⁴

Por lo tanto, los cristianos son llamados a sacrificarse por la unidad cristiana, viviendo y sometiéndose a los demás en amor, mientras se esfuerzan por conocer a Dios. En su alabanza encontramos deleite “porque nos has formado para ti, y nuestros corazones están inquietos hasta que encuentran descanso en ti”.⁹⁵ El sentido de conexión y la certeza que se encuentran en la fe también traen un sentido de libertad, con el creyente dependiendo solo en Cristo y en ningún otro mediador. “Mira, ya han llegado los días que se predijeron. No hay sacerdote en la línea de Aarón, y cualquier hombre que pertenezca a su línea ve prevalecer el sacrificio cristiano en todo el mundo.”⁹⁶ Dado a que el evangelio es católico, el sacerdocio creado por él es católico o universal, y el mensaje proclamado y las enseñanzas impartidas son católicas: un mensaje universal ofrecido para que todas las personas del mundo lo entiendan.

Agustín no deja ninguna duda de quiénes son los cristianos y de qué es lo que hacen: son sacerdotes apartados por Dios para el servicio, así como Él les da oportunidad. Es cierto que el cuerpo de Cristo es servido por quienes están en el oficio público, pero este es un servicio que lleva corazones, mentes y vidas a la acción. Estar en el sacerdocio real no es un trabajo de espectador con los cristianos a la espera. Desde el momento en que Agustín escuchó las palabras “*tolle lege*”, es decir, “toma y lee”,⁹⁷ estuvo activo; en ese momento tomó las Escrituras a través de las cuales Dios lo llevó a la fe, y luego asumió las tareas de enseñar e interpretar la fe, mientras el mundo que lo rodeaba parecía deshacerse y los cristianos buscaban comprender qué significaba ser ciudadanos en una ciudad muchísimo más grande.

Agustín no fue olvidado durante la Edad Media, pero las semillas que Cipriano plantó crecerían para proporcionar orden y autoridad en formas que él mismo nunca imaginó. La introducción de indulgencias (inicialmente un simple signo de la intención de cambiar la vida de la

⁹² *In Answer to the Letters of Petilian, the Donatist* 1.7–8 (NPNF1 4:522).

⁹³ *City of God* 20.10.919.

⁹⁴ *City of God* 10.3.375.

⁹⁵ *Confessions of St. Augustine* 1.1 (NPNF1 1.45).

⁹⁶ *City of God* 17.5.726.

⁹⁷ *Confessions of St. Augustine* 1.1 (NPNF1 1:127).

persona según lo prescrito por el sacerdote, pero que con el tiempo llegaron a ser un reclamo de perdón ofrecido por los propios pecados, como lo ofreció la iglesia institucional establecida en Roma) impulsó la imagen y la autoridad del clero en el oficio público. Esto lo hizo a expensas del mutuo consuelo de los hermanos en la fe, algo que una vez fuera un elemento básico de la vida en la iglesia. “Miren cómo se aman”, escribió Tertuliano, y no hay mayor amor que hablar las palabras de perdón del evangelio el uno al otro. Pero mientras eso todavía estaba “en papel”, a lo largo de los siglos (desde el final de la era de la iglesia primitiva hasta la reforma evangélica) el tema de confesar, restaurar y edificar se convertiría, para todos los propósitos prácticos, en sola responsabilidad del clero.

A principios del siglo cuatro, en el tiempo del Concilio de Nicea (325 d.C.), Roma no tenía ni superioridad legal ni de hecho sobre otros obispados y centros del cristianismo. Sin embargo, en los siglos que siguieron, el estatus de Roma creció. El traslado de la capital a Constantinopla en el este dejó un vacío en el Mediterráneo occidental, y el eventual colapso del Imperio Romano dejó un vacío que la iglesia de Roma vino a llenar. La iglesia institucional cumplía ahora una doble función: evangelizar y aculturar. Al final de la era de la iglesia primitiva, y si bien la perspectiva este-oeste a través de la cuenca del Mediterráneo no fue ignorada, la fricción con la iglesia en el este llevó a Roma a mirar al norte hacia Europa y a las nuevas personas que necesitaban escuchar el mensaje que la iglesia traía: personas que podrían unirse a un nuevo tipo de imperio.

Gregorio el Grande (Gregorio I, papa en 590-604 d.C.) fue un líder visionario que vio tanto la necesidad como la oportunidad de cambiar el enfoque del cristianismo occidental.⁹⁸ Desde Roma envió sacerdotes ordenados, así como monjes para servir como misioneros. Mientras llevaban el mensaje, también señalaban a la iglesia romana como la fuente que los había enviado, aumentando así la imagen de Roma y el prestigio del obispo de Roma, así como de los clérigos que él había enviado. Pero Gregorio no les dio la espalda a los laicos, pues comprendió que el llamado al testimonio cristiano era deber tanto de los sacerdotes como de los laicos. Además, vio que no todos los clérigos eran iguales: mientras que algunos podían servir bien como sacerdotes de parroquia, otros eran más adecuados para comunicar individualmente el mensaje

cristiano. Reconoció que tal tarea era demasiado grande solo para el clero, y que los cristianos también habían sido alistados para dar testimonio, no simplemente por razones pragmáticas, sino porque era lo que les correspondía como cristianos. Eastwood cita la carta de Gregorio a Dominicus (XLVII):

Los labios del sacerdote deben enseñar conocimiento, porque él es un mensajero del Señor [por sacerdote se refiere a un clérigo ordenado]; *pero todos pueden alcanzar la misma alta dignidad si lo desean.* Quienquiera que llame a su prójimo de los caminos malvados a un rumbo correcto de la vida, él también es un mensajero del Señor. ¿No tienes pan para dar a los necesitados? Tienes lengua. Tienes algo de más valor que el pan... Para el más pobre, incluso lo poco que ha recibido lo considerará un talento.⁹⁹

La “alta dignidad” a la que Gregorio se refiere es la de ser “un mensajero del Señor”, y cualquier cristiano que llame a otro “a un rumbo correcto de la vida” lo es. Claramente, Gregorio reconoció que la misión de la iglesia correspondía a todos los cristianos. Si bien Gregorio ciertamente apoyó a los sacerdotes ordenados, las tareas de conocer las Escrituras y de testificar pertenecían también a toda la iglesia (el sacerdocio universal). Gregorio retiene esa enseñanza del Nuevo Testamento y de la iglesia primitiva. Es irónico que Gregorio, quien preservó y promovió tanto el ministerio ordenado como el llamado espiritual de los laicos y rechazó firmemente cualquier título de “obispo universal” para sí mismo como obispo de Roma,¹⁰⁰ sería considerado por muchos como el padre del papado medieval.

Aun cuando la iglesia continuó expandiéndose en nuevas direcciones a raíz de Gregorio, también enfrentó desafíos. Si bien llegó a lo que es la Europa moderna, en otras partes disminuyó o desapareció. En grandes áreas, la iglesia no estaba preparada para el desafío planteado por el auge del islam con un pueblo enfocado en la expansión, un pueblo que superaba a la iglesia, la cual se había descuidado. Si bien la iglesia había establecido centros de aprendizaje para el clero, no había logrado penetrar profundamente en la vida de los laicos cristianos, quienes estaban mal preparados para defender la fe. Por ejemplo, desde la iglesia más antigua hasta la época de Mahoma, no hay evidencia de una traducción vernácula de las Escrituras en ningún lugar del norte de África.¹⁰¹

⁹⁸ Ver Eastwood, 105–9.

⁹⁹ Eastwood, 106–7; énfasis agregado.

¹⁰⁰ Eastwood, 105–6.

¹⁰¹ Eastwood, 114.

Eastwood señala que la lucha por los íconos opacó la idea del sacerdocio universal en el este. Pero un daño mayor se produjo con un cambio en las prácticas penitenciales de occidente.¹⁰² La pérdida de identidad entre los laicos cristianos y un enfoque borroso del amor perdonador de Dios en Cristo cedieron espacio al temor y a la ignorancia cuando los cristianos buscaban la certeza y la estabilidad en la salvación. La iglesia se movilizó para llenar ese vacío, algo que no debe ser visto como una respuesta cínica o manipuladora, sino más bien como un esfuerzo de la iglesia institucional para satisfacer las necesidades de las personas, aun cuando la misma iglesia estaba errada en las respuestas y prácticas teológicas que proporcionaba.

Durante alrededor de seis siglos, los cristianos de la iglesia primitiva que caían en un pecado grave eran amonestados y traídos luego de regreso a la comunión con la confesión pública y la pronunciación de la absolución, seguida de cierta satisfacción pública: tal vez ayuno, o una donación a la caridad cristiana. Tal satisfacción era vista como un tipo de promesa o expresión de determinación para evitar el pecado y llevar una vida cristiana; no era un esfuerzo para asegurar o garantizar el perdón. Cuando la iglesia entró en el siglo séptimo (a menudo considerado como el inicio de la Edad Media) se produjeron varios cambios. La confesión pública de épocas anteriores fue desplazada por una confesión privada hecha a un sacerdote y la satisfacción activa que previamente había sido prescrita por la congregación, el cuerpo al cual el penitente estaba siendo restaurado, ahora era determinada solo por ese sacerdote.

Estos cambios pronto fueron acompañados por otras ideas nuevas e insidiosas. Surgió la noción que las virtudes de los “santos” reconocidos (aquellos individuos que se sabía eran figuras importantes del pasado y buenos ejemplos de la fe y la vida cristiana) eran tantas, que les evitaron soportar cualquier purgación después de la muerte. Y más aún, dado que esas virtudes excedían sus propias necesidades, ahora estaban en depósito para que los pecadores comunes pudieran disminuir su propio tiempo en el purgatorio. Esto se conoció como el “tesoro de los méritos”; una reserva de bondad de la cual un penitente podía extraer y ofrecer como propia. El control de tal tesoro pertenecía al papado y, por delegación, al sacerdote ordenado. A medida que la práctica de la confesión y la absolución fue cambiando, la contrición, el sentir pena por el pecado de uno, se fue convirtiendo

¹⁰² Ver Eastwood, 120–27.

cada vez más en una cuestión de miedo y preocupación por cómo navegar por tan complejo sistema.

Esos cambios dieron mayor énfasis y autoridad al sacerdote clerical, quien se convirtió en el guardián de la vida y la muerte eternas. En consecuencia, el papel y la responsabilidad de los laicos cristianos para involucrarse con el pecador y perdonarlo disminuyó, ya que la vida de arrepentimiento estaba controlada exclusivamente por el clero ordenado y la institución de la confesión auricular. Si bien el perdón todavía existía para quienes pudieran escuchar, con demasiada frecuencia el mensaje era que había que obedecer y cumplir. Fue difícil para la iglesia institucional resistir el poder de asumir la práctica de la confesión y la absolución. A menudo apoyada por las autoridades políticas, la práctica no solo era un ejercicio espiritual, sino también un vehículo útil para el control y la formación social.¹⁰³

Los cambios que surgieron en la doctrina y la práctica de la Cena del Señor impulsaron aún más la imagen del sacerdote ante los ojos del público y ampliaron la brecha entre los ordenados al Oficio del Ministerio Público y los miembros del sacerdocio universal.¹⁰⁴ Del intercambio del siglo noveno entre Radberto y Ratramno sobre la naturaleza de la presencia de Cristo en el sacramento surgió lo que se desarrollaría en la idea de la transubstanciación. El pan y el vino eran objetos físicos, pero por la acción del sacerdote se cambiaba su misma sustancia. Aunque el punto era resaltar la Santa Cena, el estatus del sacerdote ordenado también aumentó. La idea de misa como sacrificio, ofreciendo lo que Cristo ha hecho para conectarlo a ese tesoro de méritos, también estaba destinada a realzar al clérigo. Al igual que con la confesión auricular, aquí también se convirtió en el dispensador o controlador de lo que la gente sentía que necesitaba, y el sacrificio de acción de gracias y alabanza que provenía del sacerdocio universal se hizo menos importante. Lo que surgió por primera vez en esta consideración del siglo nueve de la Cena del Señor se reforzaría en los siglos siguientes.

Un acontecimiento final que contribuyó tanto al prestigio clerical como a la importancia de los obispos, puede ser identificado: la expansión y el crecimiento de la estructura de la iglesia y el derecho canónico.¹⁰⁵ Hildebrand (quien más tarde se convertiría en el

¹⁰³ Ver Thomas N. Tentler, *Sin and Confession on the Eve of the Reformation* (Princeton: Princeton University Press, 1977).

¹⁰⁴ Eastwood, 127–31.

¹⁰⁵ Eastwood, 131–37.

papa Gregorio VII) hizo mucho en el siglo once para regularizar la administración y la ley de la iglesia, apoyando firmemente la autoridad de aquellos en el oficio eclesiástico. En una época de analfabetismo, los símbolos visibles significan mucho. Los símbolos de un oficio, ya sea para gobernar en la iglesia o en el ámbito político, surgieron naturalmente y se reflejaron positivamente en el receptor de esos símbolos. Pero la entrega de los símbolos también apuntaba al donante, enfatizando su poder y autoridad. La importancia de los símbolos estaba detrás del dramático choque en la controversia de la investidura de 1077 d.C. En tierras alemanas era común tener príncipes-obispos, gobernantes que poseían símbolos tanto de la iglesia como de los reinos políticos. Por lo tanto, quien transfería los símbolos al que se estaba instalando tenía gran importancia. En el choque entre el papa Gregorio VII y el emperador Enrique IV, el papado ganó la delantera (fue otra forma en que los clérigos involucrados en el proceso político acumularon aún más prestigio). Y su posición estaba protegida por la iglesia institucional, que afirmaba su derecho a supervisar lo que le pertenecía y a administrar la justicia como lo considerara conveniente, basando todos esos derechos en la ley canónica.¹⁰⁶

Los acontecimientos que se describen aquí, socavaron el lugar del sacerdocio real en la vida de la iglesia. La iglesia primitiva había logrado sostener tanto el sacerdocio real como el Oficio del Ministerio Público, cada uno necesario a su manera. Eso cambió en la Edad Media. Ninguno de estos acontecimientos fue suficiente para inclinar la balanza, pero el efecto acumulado favoreció a aquellos en el ministerio ordenado.

Todavía había expresiones alineadas con la relación complementaria del sacerdocio real y el ministerio público que se encuentran en la Biblia y la iglesia primitiva. Incluso Tomás de Aquino tenía cosas positivas que decir sobre el lugar y el papel de las personas en la iglesia (los laicos). Aquino vio culminado el sacerdocio de Cristo en su pasión y muerte en la cruz.

Es pura satisfacción cuando el individuo ofendido recibe [algo que ama] tanto o más de lo que odió la ofensa. Al sufrir [o en] la Caridad, Cristo ofreció a Dios más de lo que se exigía como recompensa por el pecado de toda la raza humana... La cabeza y los miembros conforman, por así decirlo,

un cuerpo místico. Por lo tanto, las enmiendas hechas por Cristo son también hechas por todos sus miembros. La satisfacción, sin embargo, es un hecho externo para el cual adoptamos auxiliares, entre los cuales se cuentan nuestros amigos.¹⁰⁷

El comentario de Aquino sobre un exceso de satisfacción, junto con su idea de adoptar auxiliares, es decir, adoptar medios para reducir esa satisfacción, abrió la puerta a una serie de problemas. Aquino está de acuerdo con Anselmo cuando señala que el sufrimiento de Cristo fue voluntario y no le fue exigido a él por algo que él debía; un buen punto. Pero los problemas surgen cuando esa satisfacción se ve como un tipo de cuenta de crédito de la que se puede extraer. Al pecado se lo ve como acciones o faltas que deben ser compensadas, y para eso está la satisfacción de Cristo lista para ser usada. Los clérigos son los que hacen la conexión y cierran las cuentas, un papel que contribuye a su alta imagen. Como escribió Aquino: “Los laicos se unen espiritualmente a Cristo a través de la fe y la caridad, pero no por el poder sacramental activo. El suyo es un sacerdocio espiritual.”¹⁰⁸

Si bien Aquino eleva al clero ordenado, el sacerdocio universal todavía tiene un lugar: los fieles ofrecerían su alabanza y adoración. Fue en la adoración, que la misa se celebró con el sacerdote ordenado haciendo su trabajo. En conexión con esa acción, las personas fueron habilitadas para ofrecer su alabanza y servicio. Como escribió Aquino: “Todo ritual cristiano se deriva del sacerdocio de Cristo. Como consecuencia, el carácter sacramental manifiesta el carácter de Cristo y configura a los fieles para su sacerdocio.”¹⁰⁹ Sin embargo, si bien las personas tienen un papel que desempeñar, su estado o identidad está ahí debido a lo que hace el sacerdote, y cualquier sacerdocio que tenga el pueblo, es secundario, meramente “espiritual”.

Otros que defendieron enérgicamente al pueblo, Marsilio de Padua, por ejemplo, o John Wycliffe o John Hus, se encontraron con una oposición institucional eclesiástica.¹¹⁰ Marsilio abogó por una iglesia que estuviera en sintonía con la parte más importante de la sociedad. Lo que eso significaba exactamente ha sido muy debatido, pero la iglesia lo vio como una amenaza, como fuera que se entendiera. Ante eso, Marsilio pensó que era mejor encontrar refugio con el emperador

¹⁰⁶ Para un análisis histórico de estos eventos, ver Uta-Renate Blumenthal, *The Investiture Controversy* (Philadelphia: University of Pennsylvania, 1988).

¹⁰⁷ Cita de la *Summa Theologica*, 3a.48.2, en Eastwood, 141.

¹⁰⁸ *Summa Theologica*, 3a.82.1, en Eastwood, 144.

¹⁰⁹ *Summa Theologica*, 3a.68.3, en Eastwood, 148.

¹¹⁰ Ver Eastwood, 163–78.

alemán, que no era amigo de Roma. John Wycliffe escribió en latín para una audiencia más educada, pero sus ideas llegaron a la gente común, quienes se inspiraron y defendieron su lugar en la iglesia. A medida que crecía la presión sobre él, Wycliffe pensó que era prudente retirarse de Oxford, donde circulaban sus ideas, y retirarse a una pequeña parroquia del norte de Inglaterra, que técnicamente había sido su lugar oficial durante los años en Oxford. Mientras que John Hus fue quemado en la hoguera cuando más tarde chocó con la autoridad eclesiástica, Wycliffe tuvo la buena fortuna (?) de morir como resultado de un derrame cerebral, pero la iglesia expresó su profundo desacuerdo con las críticas de Wycliffe al exhumar sus huesos y quemarlos. En ambos casos, hubo ideas que no fueron bienvenidas, ideas que desafiaron el estatus administrativo y el privilegio, pero el problema real fue que habían sido ofrecidas en forma muy pública.

Sin embargo, era posible plantear un caso si el enfoque era más discreto. Como se señaló antes, en ocasiones se puede encontrar una voz haciendo eco del equilibrio de la iglesia primitiva. La Edad Media no está desprovista de expresiones teológicas sobre el tema.¹¹¹ En vísperas de la Reforma, incluso con el sacerdocio universal muy eclipsado, surgió una voz más a partir de Marcus von Weida, una fuente sorprendente dadas sus impecables credenciales: un monje dominicano educado en Leipzig. Sin embargo, era un eco de tiempos pasados cuando Von Weida, en un tratado sobre la doctrina y la práctica de la oración, instó a las personas comunes a que se elevaran unas a otras ante Dios para que pudieran ser fortalecidas y alentadas en la vida cristiana, tal como lo habían hecho los creyentes de las epístolas del Nuevo Testamento, pues tenían el derecho de orar a Dios sin necesidad de ningún intermediario clerical. Pero este llamado a reclamar la identidad de sacerdotes ante Dios es sorprendente, no solo por lo que dice, sino también porque, lamentablemente, era demasiado raro. Marcus

von Weida estaba lejos de ser un nombre conocido.¹¹² Pero las cosas estaban a punto de cambiar y una luz estaba a punto de brillar sobre conceptos teológicos y verdades bíblicas que habían sido ignorados durante mucho tiempo.

¹¹¹ Aunque el espacio no nos permite explorarlo, Eastwood nota lo significativo del movimiento monástico y los cristianos místicos, como ejemplos de cómo el sacerdocio universal de los laicos continuó ejerciendo un rol importante en la expansión misionera de la iglesia (ver Eastwood, 179-94). Al darle atención a la relación personal de las almas con Dios, los cristianos místicos tendieron a apartar la atención de la iglesia como institución disminuyendo así el poder de los clérigos (Eastwood, 195-224).

¹¹² Marcus von Weida, *Ein nutzliche Lere vnd Vnderweysunge wye vn[d] was der Mensch bethen sole vnd sond'lich Aufßlegung des heylgen Vater Vnsers*, ed. Anthony van der Lee (Assen: Van Gorcum, 1973), 32-34.

IV. LA REFORMA DE LUTERO

“Un niño de siete años sabe qué es la iglesia, es decir, los santos creyentes y el rebaño que escucha la voz de su pastor.” Lutero (Artículos de Esmalcalda, Sobre la Iglesia, 12, 2).

CON LA LLEGADA DE LA REFORMA, el sacerdocio real pasó al frente una vez más destacándose como un corolario del enfoque central de Lutero en la justificación por gracia a través de la fe. Así como la justificación estaba firmemente arraigada en la Palabra, el sacerdocio de los creyentes también estaba anclado en las Escrituras. Por supuesto que la comprensión de Lutero con respecto a esta enseñanza estuvo determinada en cierta forma por su contexto social, político y cultural. Pero, fundamentalmente, Lutero dijo lo que dijo sobre el sacerdocio de los creyentes simplemente porque creía que era bíblico. La enseñanza nació de la gracia de Dios y, a cambio, dio testimonio de la obra de Cristo.

El sacerdocio real estaba asociado con una comprensión diferente de la Iglesia, la cual era vista no como una institución, sino como una comunidad de creyentes creada por el Espíritu Santo y obrando a través de la Palabra. En diferentes momentos Lutero tuvo diferentes listas de lo que marcaba a la Iglesia, pero cada una finalmente se centraba en la obra de la Palabra de Dios, el Evangelio, a través del cual Dios reunía y santificaba a toda la iglesia cristiana en la tierra.¹¹³ Para Lutero la Iglesia no era una obra humana sino divina, ya que el Espíritu Santo, a través de la Palabra del Evangelio, la creaba y sostenía, un “santo grupo reducido y una santa comunidad que se compone de puros santos, bajo una cabeza única que es Cristo”.¹¹⁴ Lutero escribió: “La Palabra de Dios no puede existir sin el pueblo de Dios, y

el pueblo de Dios no puede ser sin la Palabra de Dios”.¹¹⁵ O sea, el pueblo es un pueblo cristiano por la obra de la Palabra, y la Palabra es esparcida cuando el pueblo habla. Ese es el trabajo de los sacerdotes, los creyentes, dijo Lutero.

La soteriología, la doctrina de la justificación, fue el enfoque principal de Lutero a comienzos de la Reforma. Él buscaba un Dios que lo amara y lo aceptara, pero no encontró respuestas en la teología que aprendió en la universidad y practicó en el monasterio. Nuevas formas de aprendizaje, tomadas del humanismo del Renacimiento y enfocadas en las artes liberales, le ayudaron a volver a mirar los textos de la Escritura para examinar las fuentes del cristianismo tanto en su vocabulario, como en su gramática. Allí encontró el mensaje de salvación solo por la gracia de Dios, aferrándose a las promesas de amor y perdón que Dios da. Lutero llevó esto a sus clases pensando que, si esta nueva comprensión bíblica le había dado consuelo, seguramente ayudaría a otros que tendrían el mismo miedo y ansiedad. También asumió que el resto de la estructura eclesiástica estaría dispuesta a apoyar sus esfuerzos por llevar paz allí donde no había paz y por señalar a la cruz allí donde la cruz estaba borrosa.

De hecho, no pudo haber estado más equivocado, pues la iglesia institucional estaba lejos de querer apoyar el mensaje de Lutero. El hacerlo habría producido un cambio significativo en la forma en que se hacían las cosas dentro de los círculos eclesiásticos. Es cierto que si las ideas de las 95 Tesis de Lutero (1517) hubieran sido aceptadas e implementadas, habrían alterado la práctica

¹¹³ CMe, “El Credo,” 5–6, LC, 360.

¹¹⁴ CMa, “EL Credo,” 51, LC, 445.

¹¹⁵ *On the Councils and the Church*, AE 41:150, WA 50:629.

de las indulgencias. Eso, a su vez, le habría costado mucho a la iglesia, hablando en términos de dinero. Pero la mayor amenaza, no solo de las 95 Tesis sino también de otros tratados que Lutero escribió en ese tiempo, era para la autoridad de la iglesia de Roma. El cambio que Lutero buscaba habría resultado en una postura y actitud muy diferentes por parte de la iglesia institucional, pero esa iglesia no estaba interesada en reformar su mensaje o en renunciar al poder y autoridad que tenía y usaba. El clérigo y la jerarquía eclesiástica no estaban interesados en lo que Lutero había encontrado en la Palabra.

La respuesta de la institución ciertamente era un problema pero no un problema fatal, porque, como Lutero llegó a ver, la Palabra que trató de difundir con su mensaje de Ley/Evangelio y los otros medios de gracia que también llevaba esa Palabra, no era posesión personal del clérigo o de la iglesia institucional. Antes bien, la Palabra pertenece a la Iglesia comprendida de una manera diferente, una manera bíblica: la Iglesia como el sacerdocio real universal. La Iglesia era la comunión de las personas hechas creyentes por el Espíritu, reunidas en el cuerpo de Cristo y luego movidas por el mismo Espíritu para llevar a cabo la obra como sacerdotes, proclamando las maravillosas obras de Dios. El pueblo no era el rabo en el perro eclesiástico que dependía de los clérigos. Más bien, era el pueblo precioso de Cristo con voces para explicar la esperanza que había en ellos (1 P 3:15). Entonces, si bien el enfoque principal de la Reforma de Lutero era la justificación, rápidamente vio la importancia de los creyentes-sacerdotes en el dar a conocer la obra de Cristo a otros.

Si bien a lo largo de su carrera, desde sus primeras conferencias hasta casi el final de su vida, Lutero amplió su concepto de la Iglesia, fue especialmente durante los años 1518 a 1521 que publicó muchas de sus ideas sobre eclesiología y el sacerdocio real. Las enseñanzas bíblicas sobre la autoridad eclesiástica las desarrolló a partir de la Palabra de Dios (y no de la institución), de las marcas de la Iglesia (todas relacionadas con la Palabra), la falibilidad de las estructuras eclesiásticas (los concilios y el papado), la distinción entre una Iglesia espiritual cuyos miembros Dios conocía porque veía los corazones de su nueva creación y una iglesia visible cuyos miembros también son conocidos por Dios (pero que sin duda existe como un *corpus permixtum*, un cuerpo que incluye tanto a creyentes como a hipócritas). Y, por supuesto, también estaba incluido el sacerdocio de los bautizados, junto con un rechazo de la noción romana que quienes eran ordenados eran “espirituales” y santos, mientras que

los bautizados no lo eran.¹¹⁶

Si bien Roma tenía problemas con todos esos puntos, el que el sacerdocio de los creyentes estuviera por encima de la jerarquía clerical era un problema especial. Roma puede decir que sus polémicas contra Lutero eran necesarias para defender el lugar y rol de su ministerio, pero las respuestas a Lutero fueron, en realidad, defensas de la autoridad y poder de la jerarquía romana. La preparación de Lutero para el Debate de Leipzig se enfocó especialmente en la autoridad, la Escritura y la Iglesia. Antes del debate, Lutero había decidido que la iglesia de Roma no equivalía a la Iglesia de Cristo.¹¹⁷ En la verdadera Iglesia, la Escritura reina sobre los papas y todo lo demás. Más aún, Cristo había encomendado la predicación del Evangelio de perdón de pecados (las llaves) a la Iglesia, por lo que la Iglesia debía encargarse de alimentar a las ovejas con la Palabra y los Sacramentos.¹¹⁸ Durante el Debate de Leipzig, Lutero afirmó estar convencido que algunos como Hus y los bohemios habían sido condenados erróneamente por una iglesia que, de hecho, estaba fracasando en la misión que Cristo le había dado. Claramente, existía una desconexión entre la práctica y lo que Cristo había ordenado a sus seguidores, comenzando con los apóstoles.

Después de Leipzig, Lutero continuó enfocado en la autoridad de las Escrituras y la Iglesia como la comunión de los santos. En su *Tratado sobre el Nuevo Testamento* (1520), habla por primera vez de la Iglesia como el sacerdocio universal de los bautizados, a la vez que llama al Papa tanto de tirano como de anticristo.¹¹⁹ Refiriéndose a los creyentes, escribe: “Todos y cada uno son, por lo tanto, sacerdotes espirituales por igual delante de Dios.”¹²⁰ Por su parte, Roma continuó su propio camino rechazando a Lutero. Esas ideas, y más, fueron condenadas en la bula papal *Exsurge Domine* (1520), amenazando a Lutero con la excomunión para

¹¹⁶ Ver Thomas Winger, “Pastor and People Together in Christ’s Church” (Iglesia Luterana de Canadá, Comisión en Teología y Relaciones Eclesiásticas, 2008), <https://lutheranchurch.ca/ctcr/Study%20and%20Response/Pastor%20and%20People%20Together%20in%20Christ's%20Church.pdf>. Ver también Carl Axel Aurelius, *Verborgene Kirche: Luthers Kirchenverständnis aufgrund seiner Streitschriften und Exegese 1519–1521* (Hannover: Lutherisches Verlagshaus, 1983).

¹¹⁷ Ver Scott Hendrix, *Luther and the Papacy* (Philadelphia: Fortress, 1981), 81–85; Bernhard Lohse, *Martin Luther’s Theology: Its Historical and Systematic Development* (Philadelphia: Fortress, 1999), 118–22.

¹¹⁸ Ver *Explanation of Proposition Thirteen Concerning the Power of the Pope*, WA 2:183–240.

¹¹⁹ AE 35:79–111; WA 6:353–78.

¹²⁰ AE 35:101.

enero del año siguiente. El pensamiento de Lutero no fue siempre perfectamente consistente pero, por sobre todas las cosas, la Iglesia es la asamblea de los creyentes creada por el Espíritu. Él sabe que en esta vida hay instituciones y estructuras necesarias que pueden (o deben) velar por la predicación de la Palabra a través de la cual el Espíritu obra para hacer creyentes. Y es dentro de esa estructura o institución que las personas se reúnen a adorar y escuchar la Palabra, a que las llaves sean ejercidas y los pecados perdonados. Donde la fe es obrada por tales medios, quienes escuchan y creen son sacerdotes, o sea, la Iglesia en su sentido primario.

La expulsión de Lutero se debió en gran parte a sus escritos de 1520. *A la nobleza cristiana de la nación germana*, *El cautiverio babilónico de la Iglesia* y *La libertad del cristiano* se refirieron, de diferentes maneras, a la autoridad institucional y las opiniones falsas del ministerio ordenado.¹²¹ Detrás de su argumento sobre lo que la Iglesia no era, estaba la idea de lo que la Iglesia era y es: el sacerdocio de todos los creyentes. Todos los cristianos son sacerdotes, aun cuando no todos son pastores o ministros. La diferencia no se encuentra en el estatus, sino en el oficio o llamado que tienen y sus responsabilidades específicas. En *A la nobleza cristiana de la nación germana*, Lutero derriba tres “paredes” que la iglesia de Roma había erigido: la división entre la clase “espiritual” (clérigo) y “secular” (laicado); el reclamo papal de que solo Roma (y no los cristianos comunes y corrientes) podían interpretar correctamente las Escrituras; y que el papa no estaba sujeto a reprobación por parte del resto de la iglesia.¹²² Por lo tanto, los gobernantes “seculares” también son espirituales y pueden intervenir para ayudar en la predicación del Evangelio. ¿Cómo pueden hacer esto si no son clérigos? Son cristianos bautizados, son sacerdotes. “Dado que quienes ejercen autoridad secular han sido bautizados con el mismo bautismo y tienen la misma fe y el mismo evangelio que el resto de nosotros, debemos admitir que son sacerdotes y obispos y respetar el lugar la utilidad que su oficio tiene en la comunidad cristiana.”¹²³ ¿Por qué hacer esto con los gobernantes y no con otros? Porque si bien los gobernantes y su pueblo son todos sacerdotes bautizados, los gobernantes tienen el rol de supervisar, como los padres a sus hijos. Tienen un oficio especial que determina las formas específicas en las

cuales sirven como miembros del sacerdocio real. Los primeros en proveer para la predicación correcta deben ser los obispos y los clérigos, pero cuando ellos fallan, los gobernantes pueden intervenir.

Aquí hay ecos de reyes del Antiguo Testamento proveyendo a Israel de teología correcta, aun cuando no eran levitas. Más cercano a su tiempo, Lutero podía señalar al derecho reclamado durante varios siglos por los emperadores, quienes se veían a sí mismos como patronos y defensores de la iglesia en sus territorios. Pero Lutero le agrega algo: de ser necesario, los gobernantes tienen derecho de intervenir porque son sacerdotes bautizados que están cumpliendo un rol que les da la oportunidad de hacer lo correcto para proveer la Palabra. Roma había erigido paredes de diferentes tipos de privilegio y autoridad clerical. Lutero vio la autoridad en la Palabra ejercida por los sacerdotes, o sea, los creyentes bautizados.

La carga de Lutero contra Roma en *El cautiverio babilónico de la Iglesia* es que la jerarquía institucional refuerza su reclamo de autoridad no sólo a través de su control de los sacramentos que no eran sacramentos, sino también al mantener rehenes los verdaderos sacramentos tratándolos como obras, fallando así en ofrecer consuelo y paz a través de la gracia gratuita del perdón. Mantener cautivos a los sacramentos significaba que el pueblo estaba cautivo. De hecho, esos dones no habían sido dados al magisterium, sino a la Iglesia. Todos los creyentes poseen estos dones y, como sacerdotes, pueden ejercerlos.

Si fueran obligados a conceder que todos los que hemos sido bautizados somos igualmente sacerdotes, como en realidad lo somos, y que solo el ministerio les fue encomendado a ellos, si bien con nuestro consentimiento común, sabrían que no tienen derecho a gobernar sobre nosotros, excepto en la medida en que se lo concedamos libremente. Porque así está escrito en 1 Pedro 2:9: “Pero ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios”. Por lo tanto, todos somos sacerdotes, tantos como somos cristianos.¹²⁴

Y luego agrega:

Que cada uno, entonces, que se sabe cristiano, esté seguro de esto: que todos somos sacerdotes por igual. Esto es, que tenemos el mismo poder

¹²¹ *To the Christian Nobility* en AE 44; *Babylonian Captivity* en AE 36; *Freedom of a Christian* en AE 31.

¹²² AE 44:123–39.

¹²³ AE 44:129.

¹²⁴ AE 36:112–13.

con respecto a la Palabra y los sacramentos. Sin embargo, nadie debe utilizar ese poder excepto con el consentimiento de la comunidad o por el llamado de un superior. (Porque lo que es propiedad común de todos, ningún individuo debe apropiarse para sí mismo, a menos que sea llamado.) Y por lo tanto, este “sacramento” de ordenación, si es algo, es nada más que un rito en el cual uno es llamado al ministerio de la iglesia. Más aún, el sacerdocio no es nada sino el ministerio de la Palabra – la Palabra, digo; no la ley, sino el evangelio.¹²⁵

La enseñanza de Lutero es clara. Se opuso totalmente al clericalismo de Roma con su reclamo de un estatus superior para los clérigos que para el laicado. Acusó a la iglesia de Roma con establecer un sacerdocio falso: sacerdotes que no proclamaban la Palabra de Dios, que era la obra principal del sacerdocio del Nuevo Testamento. Esto no pone a cada cristiano en el oficio público, pero enfatiza el rol del clérigo como siervo en vez de gobernante. Más importante todavía, enfatiza que el trabajo del oficio público, un trabajo hecho por el consentimiento de la comunidad, es el ministerio de la proclamación del Evangelio.

En *La libertad del cristiano*, y si bien hace muchas otras comparaciones, Lutero distingue entre el sacerdocio de los creyentes y el ministerio de la Palabra (el oficio público realizado por el clérigo). Allí escribe: “Si bien todos somos sacerdotes por igual, no todos podemos ministrar y enseñar públicamente. Aun si pudiéramos, no deberíamos.”¹²⁶ Claramente, los clérigos no reciben un estatus superior que los sacerdotes, o sea, que los creyentes. (Sin lugar a duda, el clérigo no está separado de los creyentes. Ellos también son creyentes, llamados a la tarea del ministerio público para el bien de otros.) Todos los creyentes (todos los sacerdotes) pueden llenar el oficio público, pero no lo hacen. (Esto no es un simple asunto pragmático: que no todos pueden caber en el púlpito, o que si todos bautizaran el domingo el niño se podría ahogar por toda el agua que le echarían. En las epístolas pastorales hay expectativas y atributos bíblicos adicionales que deben ser honrados y que incluyen el género de la persona, la condición de vida familiar, habilidad y reputación, etc. Lutero habla de esto en otra parte.)

Es claro que Lutero y la iglesia de Roma no estaban

¹²⁵ AE 36:116.

¹²⁶ AE 31:356; WA 7:58.

de acuerdo en cuanto a la comprensión de la naturaleza de la Iglesia y el lugar de la autoridad espiritual. Su postura en Worms ha sido llamada “pastoral y no política”, aun cuando se estaba enfrentando a una “jerarquía infiel en nombre del pueblo fiel.”¹²⁷ Si bien hubo implicaciones eclesiásticas obvias, el foco e intención primarios de Lutero fueron espirituales. Habló por el bien de la verdadera Iglesia santa, el pueblo de Dios, no por el bien de Roma. Es cierto que quería una reforma de la institución, pero su preocupación era por el bien de la comunidad de creyentes.

Después de Worms, Roma hizo más presión a través de polemistas como Augustine Alveld y Jerome Emser, y Lutero respondió con varias refutaciones incisivas. Una en particular es su *Respuesta al libro del hiper cristiano, hiperespiritual e hipererudito de Cabra Emser en Leipzig*.¹²⁸ La respuesta de Lutero a Emser es importante, porque allí repite su argumento que todos los creyentes comparten un sacerdocio común. La iglesia y el ministerio se identifican con eso, con la Palabra como base y autoridad. Su descripción de lo que la iglesia es fue seguida por otra, dejando en claro lo que la iglesia no es. En *Contra el estado espiritual del papa y los obispos, falsamente así llamados*, Lutero nuevamente rechaza las órdenes eclesiásticas como un sacramento y mantiene que los clérigos no son un estado espiritual separado dentro de la iglesia.¹²⁹ Los clérigos tienen, por cierto, la responsabilidad que les fue dada de alimentar al pueblo de Dios con el Evangelio y de reparar las cosas que están mal en la iglesia, pero en ambas han fallado. Afortunadamente, el pueblo de Dios no depende de tales sacerdotes sino que es sostenido por la Palabra que tiene en y entre ellos.

Décadas más tarde, Lutero todavía se mantenía en esta línea al predicar sobre Mateo 18:15-20. Le alegraba que el Evangelio fuera usado dentro de las estructuras institucionales pero, desafortunadamente, demasiado a menudo era ignorado cuando el privilegio sacerdotal era defendido. Pero dado que la iglesia no estaba atada a una expresión eclesiástica en particular (Roma), los sacerdotes (los creyentes bautizados) podían y debían hacer su trabajo de proclamar el Evangelio dondequiera que estuvieran. Sobre los versículos de Mateo, Lutero dijo:

¹²⁷ Hendrix, *Luther and the Papacy*, 133–34.

¹²⁸ AE 39:121–224; WA 7:271–83. El escudo de armas de Emser tiene la cabeza de una cabra, lo que llevó a Lutero a ponerle de sobrenombre: “la Cabra de Leipzig”.

¹²⁹ AE 39:247–99; WA 10/II:105–58.

Aquí Jesús está diciendo que no solo quiere que [la condenación del pecado y la proclamación del perdón de los pecados] se realice en la iglesia, sino que también da ese derecho y libertad donde dos o tres están reunidos, para que el consuelo y el perdón de pecados pueda ser proclamado y pronunciado entre ellos. Él derrama [su perdón] aún más ricamente y da el perdón de pecados en cada rincón, para que no solo encuentren el perdón de pecados en la congregación, sino también en sus hogares, en los campos y los huertos, dondequiera que uno de ellos se encuentra con otro en búsqueda de consuelo y liberación. Debe estar a mi disposición cuando estoy preocupado y apenado, en tribulación y vulnerable, cuando necesito algo, a cualquier hora y tiempo que sea. No siempre se está dando un sermón públicamente en la iglesia, por lo que cuando mi hermano o vecino viene a mí, le cuento mis problemas y le pido su consuelo. ... otra vez, debo consolar a otros y decir: “querido amigo, querido hermano, por qué no dejas de lado tus cargas. Ciertamente no es la voluntad de Dios que experimentes este sufrimiento. Dios hizo morir a su Hijo por ti para que no tengas pena sino que te regocijes.”¹³⁰

La defensa de Lutero del sacerdocio de los creyentes (de los bautizados) no debería ser comprendida como un rechazo del ministerio, del oficio público, del pastor/ministro. El sacerdocio y el ministerio no se excluyen mutuamente. El pastor también es sacerdote/creyente que sirve en una forma particular porque así se lo piden los sacerdotes u otros en nombre del sacerdocio real. ¿Qué sucede cuando la institución eclesiástica y su clérigo ven las cosas en forma diferente, como si ellos tuvieran la autoridad, en vez de señalar a la Palabra, donde la autoridad reside? En esa época no había organigramas, pero si hubiera habido, habría sido fácil diagramar las cosas como la institución eclesiástica las veía: las flechas de poder comienzan y fluyen de los clérigos al pueblo, que es quien las recibe. Lutero lo vio en Bohemia y Leisnig en Sajonia, cuando buscaron el consejo y apoyo de Lutero al tratar de llenar el pastorado con alguien que alguien que pensaban predicaría el Evangelio. Esto fue inaceptable para Roma, que quería preservar sus prerrogativas y controlar tal designaciones, recordándoles a todos los involucrados (pueblo y pastor) quién estaba realmente a cargo y dónde residía la autoridad.

¹³⁰ *Sermons on Matthew* 18–24, AE 67:407–8, 1539–40; WA 47:297–98.

Lutero respondió con *Que una asamblea o congregación cristiana tiene el derecho y poder para juzgar la enseñanza y para llamar, asignar y despedir maestros, establecido y comprobado por la Escritura* (1523).¹³¹ Una vez que se ha leído el título, ya no queda duda sobre la posición de Lutero. La congregación no solo tiene el derecho de llamar a su propio pastor, dijo Lutero, sino que tiene también la responsabilidad de despedir a quien hable en contra de la Palabra de Dios. Si bien todos los creyentes bautizados tienen el derecho y la obligación de proclamar la Palabra, si alguien fuera llamado a Leisnig, esa persona tendría entonces el oficio de la predicación, el oficio público que sirve a la congregación y, al cumplir fielmente su oficio merece respeto.

Vale agregar que hay mucho aquí que es útil tanto para una congregación que no comprende del todo esta relación, como para los clérigos que resisten el sacerdocio de los creyentes porque creen que no es más que una manera de encubrir la idea de “emplear y despedir”. El pastor no es respetado porque así lo demanda o porque lo merece por ocupar un lugar en el organigrama eclesiástico, sino más bien porque sirve a los sacerdotes con la Palabra. Toda variación de “orar, pagar y obedecer” está fuera de lugar. Más bien, dado que ama al pueblo de Dios y ama lo que hace, se regocija cuando los creyentes bautizados llevan la Palabra en sus corazones y mentes y la utilizan dondequiera y cuando quiera que pueden. Esto no es una amenaza al oficio, sino que habla bien de la edificación del cuerpo en la cual quien ocupa ese oficio participa con su propio uso de la Palabra. Por otro lado, con un ministerio tan fiel en el cual el pueblo es alimentado y consolado por la Palabra, disminuye el problema de “emplear y despedir”. Y cuando el pueblo comprende que el oficio de la predicación pública no es su creación sino algo que Cristo dio a su Iglesia para beneficio de ellos, ven las cosas desde otra óptica y tienen en alta estima a quien lo lleva a cabo.

La relación que Lutero describe en su defensa de 1523 del “derecho y poder” de la congregación no es extraordinaria sino fundamental. Extraordinario, lo que uno espera sea la excepción a la regla, es cuando a quienes les es confiada la administración fallan en cumplir sus obligaciones y necesitan lo que parece ser una innovación, pero que en realidad no es más que el ejercicio de la relación entre los sacerdotes y el ministro que siempre debería existir.

¹³¹ AE 39:305–14; WA 11:408–16.

Otro caso de las flechas de poder mal encaminadas en el organigrama hizo que en 1523 Lutero enviara a Praga su tratado *Con respecto al ministerio*.¹³² Esta es otra mirada a la relación del sacerdocio de los bautizados y al oficio público. Lutero regresó aquí a ideas que antes había expresado en *El discurso a la nobleza cristiana*. Todos los cristianos son sacerdotes y todos los sacerdotes son cristianos, todos por igual debido a su bautismo. Todos los sacerdotes tienen todo el derecho de ejercer las funciones de su sacerdocio, es decir, “enseñar, predicar y proclamar la palabra de Dios, bautizar, consagrar o administrar la Eucaristía, atar y desatar pecados, orar por otros, sacrificar y juzgar toda doctrina y espíritus.”¹³³ Esta es una de las listas de las “marcas de la iglesia” de Lutero. Diversas listas hechas en diferentes ocasiones varían en su contenido, pero cada punto descansa en la Palabra. (Esto es verdad aun cuando solo haya dos puntos, la Palabra predicada y los Sacramentos administrados correctamente, ya que para Lutero los Sacramentos fueron otra forma de predicar la Palabra.) La Palabra, a cambio, hace que todos esos puntos en la lista sean posibles y eficaces.

Al describir el sacerdocio y lo que este hace, Lutero también distingue entre ese sacerdocio de los bautizados y el oficio público de la predicación de la Palabra. “Ningún individuo puede, por su propia autoridad, apropiarse de lo que le pertenece a todos.”¹³⁴ “Un sacerdote no es idéntico a un presbítero o ministro, ya que uno nace sacerdote y el otro es hecho ministro.”¹³⁵ Lutero luego exhorta a que, allí donde los cristianos no tengan a alguien en el oficio público, deberán elegir a alguien de entre el sacerdocio de los bautizados, de tal forma que signifique que la tarea es asumida. Entonces la comunidad impone las manos sobre esa persona para mostrar que es ahora pastor u obispo.¹³⁶ Cuando eso sucede, todos deben “creer sin ninguna sombra de duda que eso ha sido hecho y logrado por Dios.”¹³⁷

Este enfoque es bíblico, insiste Lutero, y el oficio público “establecido por ordenación santa es la función suprema de la iglesia sobre la cual depende todo el poder de la iglesia, ya que la iglesia no es nada sin la palabra y

todo lo que existe por virtud de la palabra solamente.”¹³⁸ Puede haber otros procedimientos a través de los cuales los ministros pueden ser elegidos. La supervisión y nombramiento episcopal, como se encuentra en la práctica de Roma, también puede usarse, con tal que la razón de esa estructura no sea preservar la autoridad eclesiástica episcopal, sino encontrar una manera apropiada eficiente de proveer pastores. (Los obispos no deben actuar por su propia cuenta, había dicho Lutero en su tratado a Leisnig, sino que deben preguntar a la congregación qué clase de hombre buscan y trabajar con ella para encontrar a la persona correcta. Los obispos debían servir, no gobernar.) Otras circunstancias no permitieron que las sugerencias de Lutero fueran implementadas en Bohemia, pero queda en claro que Lutero recomendaba que la iglesia incluyera al sacerdocio de los bautizados en forma activa en infinitas maneras en el ministerio de la Palabra, sin menoscabar el oficio público de la predicación para el bien del sacerdocio bautizado en general.

Al ir terminando la década de 1520 e ir surgiendo otros acontecimientos en la iglesia, el énfasis de Lutero cambió un poco. Después de 1527, Lutero tendió a distinguir más entre el sacerdocio y el oficio público. No se apartó de la idea de que todos los sacerdotes poseen los mismos derechos y responsabilidades, pero también notó que no todo cristiano bautizado está preparado para llevar a cabo cada tarea y que algunos están más preparados que otros para algunas cosas. Esto no es negar que el sacerdote está en posesión total de todo lo que Dios da, sino más bien reconocer que Dios también da dones y talentos diferentes a cada persona. Además, surgieron problemas con la reforma radical de los anabaptistas y espiritualistas, quienes afirmaban que había revelación aparte y más allá de la palabra bíblica, desafiando así no solo la Palabra, sino también afirmando tener una posición o autoridad especial. En respuesta, Lutero sostuvo que nadie tiene el derecho de apropiarse de lo que es común a todos o de llenar el oficio de la predicación, sin el consentimiento de quienes habrían de ser servidos. Es la comunidad de sacerdotes, en la mayoría de los casos la congregación, quien llama a alguien al oficio público y confiere a esa persona el derecho de utilizar los dones que les pertenecen a todos.

Que tales problemas surgieron del tumulto involucrado con la Reforma, no desacredita la posición de Lutero sobre el sacerdocio universal o su relación con

¹³² AE 40:7–44; WA 12:169–95.

¹³³ AE 40:21; WA 12:179–80.

¹³⁴ AE 40:34; WA 12:189.

¹³⁵ AE 40:18; WA 12:178.

¹³⁶ AE 40:40; WA 12:193–94.

¹³⁷ AE 40:37; WA 12:191.

¹³⁸ AE 40:11; WA 12:173.

el oficio ocupado por uno de los sacerdotes bautizados. Simplemente hizo que fuera más difícil seguir su curso y a la vez evitar un número creciente de posiciones que competían, ideas que Lutero veía como la forma en que Satanás atacaba lo que Cristo había establecido y que su Palabra buscaba preservar y expandir. Lutero había esperado que toda la predicación, la escritura y la enseñanza del Evangelio que se había desarrollado en la década transcurrida desde las noventa y cinco tesis, hubiera ayudado a los bautizados a comprender su identidad, crecer en la fe y adoptar el uso correcto de la Palabra en sus hogares y familias y en su testimonio a otros. A medida que el Evangelio se fue haciendo claro en aquellos primeros años, Lutero confió en que iba a obrar, cambiando corazones y mentes y reformando así la iglesia institucional.

De hecho, las visitas parroquiales realizadas una década más tarde en Sajonia en 1528 encontraron que, por lo general, se había avanzado poco. Algunos podrían ver esto como una prueba de que la Reforma había sido un fracaso, con un mensaje que no había tenido peso y que había hecho poca diferencia. Pero en realidad no era tan así y se encontraron ejemplos positivos. Igual hubo motivos para estar decepcionados. Lutero entendió, por supuesto, que no se trataba simplemente de seguir una fórmula. Hubo factores que complicaron las cosas: el diablo, el mundo y la carne pecaminosa aún acosaban a los que habían vuelto a nacer en la fuente. Le correspondía al sacerdocio seguir intentándolo y a Dios conceder el éxito cuándo y dónde quisiera. Haciendo lo que pudo, Lutero trató de edificar el sacerdocio recordándoles que, aun estando plagados por el pecado, morían diariamente y volvían a nacer a una vida nueva en Cristo. Las lecciones se encuentran en los catecismos que escribió a raíz de las visitas, para ayudar tanto al sacerdocio como a aquellos en el oficio público a enseñar mejor la fe. Los problemas y desafíos continuos fueron evidencia de que el pecado todavía está suelto y debe ser confrontado y que el pecador todavía necesita ser aplastado y luego resucitado con el Evangelio de la gracia de Cristo. Sin embargo, a pesar de los problemas, la presencia continua del sacerdocio de los bautizados mostró que el Evangelio hizo su trabajo, incluso en las circunstancias más difíciles.

Al entrar en la década de 1530, la atención de Lutero cambió nuevamente. El movimiento evangélico había crecido en el tumulto de la década de 1520. ¿Qué vendría ahora? En retrospectiva sabemos cómo siguió la historia, pero en esos momentos ¿quién sabía lo que sucedería

si o cuando el Emperador Carlos, quien había ido a la guerra después de Worms, regresaba y se enfocaba en su Imperio? Después de casi una década afuera, Carlos regresó en 1530 para presidir la reunión en Augsburgo (la Dieta de Augsburgo) de los representantes de los diversos territorios, con el fin de terminar el problema de la Reforma y así tener un Imperio más fuerte. En Augsburgo, a los luteranos se les pidió que demostraran que realmente estaban dentro del reino de la “iglesia”. Si no era así, entonces legalmente no tenían un lugar en el Imperio.

Es una pregunta válida y básica: ¿Eran realmente iglesia? En cierto modo, los evangélicos no tenían problemas con las estructuras eclesiológicas. En algunos de sus tratados, Lutero trató de revisar los problemas en esa área y esperó que quienes desempeñaban diversos roles colaboraran. Sin embargo, con demasiada frecuencia las estructuras y el liderazgo de Roma no proporcionaron la clase de teología que los luteranos pensaban que debía estar allí. Esa teología, especialmente la doctrina de la justificación por gracia solo a través de la fe, que fue el núcleo de la Confesión de Augsburgo, también fue importante para la “pregunta sobre la iglesia”, ya que era el Evangelio lo que hacía a los sacerdotes. A medida que el Espíritu obraba, el Evangelio creaba la Iglesia. La reunión de los creyentes ciertamente no necesitaba estructuras cuando se entendía a la Iglesia solo como una asamblea espiritual. Pero como personas que viven en el orden creado, razonablemente esperaban tener estructuras donde vivir con cualquier número de opciones, siempre y cuando el Evangelio predomine para definir la identidad y potenciar el servicio.

Roma no estaba feliz ni con la forma en que los luteranos veían a la “iglesia” (o sea, a las instituciones eclesiológicas), ni con su teología que acogía y sostenía una comprensión de la “Iglesia” como todos los creyentes y un sacerdocio real. El sacerdocio de los creyentes descansando en la Palabra fue una de las primeras doctrinas ofensivas por desafiar la jerarquía eclesiológica y desplazar el foco de autoridad. Así es que Roma rechazó la idea de Lutero de que había un solo sacerdocio, sin ningún otro sacerdocio especial y superior formado por los clérigos bajo su estructura y autoridad. Para Lutero, “sacerdote” era ante todo el creyente bautizado, no el ministro llamado al oficio público de la predicación.

La Dieta de Augsburgo no solucionó las cosas. Los luteranos fueron amenazados: ‘abandonen su postura y vuelvan al redil, o si no...’ El “o si no” en última instancia podía significar la guerra. Mientras tales amenazas

ocupaban a los príncipes gobernantes, Lutero tenía otras cosas en qué pensar. Llamado a gobernar de una manera diferente, la Reforma había traído muchos cambios. Sin embargo, gran parte de lo antiguo, particularmente en términos no solo de estructura sino también de mensaje, seguía siendo igual. Lutero había esperado que cuando el Evangelio se desatara iba a barrer y limpiar todo, pero eso no había sucedido. Lo que quedaba, en términos de la iglesia institucional en Roma (y había mucho), se oponía a los luteranos.

A medida que fue pasando el tiempo, Lutero se encontró esencialmente con una iglesia nueva y paralela que buscaba en él dirección y liderazgo eclesiástico. Con todo lo que Lutero había pensado, nunca había hecho planes para renovar la institución. Había esperado que lo que estaba en su lugar cambiara, y por lo tanto sirviera bien, pero no fue así. A comienzos de la década de 1530, Lutero se vio obligado a atender cualquier cantidad de solicitudes que de otro modo hubieran ido a un obispo, convirtiéndose, para su consternación, en un burócrata eclesiástico.¹³⁹ Ciertamente, no había perdido de vista el sacerdocio de los creyentes. Eso era la iglesia. Pero como líder *de facto* de la reforma, tenía que asesorar sobre la práctica y manejar los problemas de casuística, aunque hubiera preferido pasar el tiempo predicando el Evangelio y hubiera estado feliz con un episcopado de orientación evangélica para la otra obra. Lutero tendía a aceptar lo que había, siempre y cuando no entorpeciera el Evangelio. Pero a estas alturas ya estaba claro que eso no iba a funcionar. Así que se dirigió a los príncipes, para que actuaran como obispos de emergencia y apoyaran a los superintendentes establecidos como sustitutos de los obispos de antes que habían sido pasados por alto y benevolentemente cuidados mientras la deserción siguió su curso.

A pesar de las crecientes tensiones dentro del Imperio y de las frustraciones de quienes tenían intereses en la Iglesia en un sentido visible, Lutero continuó aferrándose a una comprensión simple de la Iglesia y el sacerdocio (los creyentes) que formaba la Iglesia. Parecía hacer eco de la profunda simplicidad del *satis est* de la Confesión de Augsburgo (Artículo VII: “Para la verdadera unidad de la iglesia cristiana es suficiente...”). En los Artículos de Esmalcalda (1536) Lutero ofreció otra visión elegante de la Iglesia, evidente a cualquiera en el sacerdocio bautizado: “... un niño de siete años sabe qué es la iglesia, es decir, los santos, los creyentes y

¹³⁹ James Kittelson, “Luther the Church Bureaucrat,” *Concordia Journal* 13 (Octubre 1987): 294–306.

‘el rebaño que escucha la voz de su Pastor’¹⁴⁰ No existen cargos definidos institucionalmente, tonsuras, hábitos o posiciones. Los niños solo necesitan escuchar la voz de Cristo, su mensaje, el amor y la gracia perdonadora, y ya saben: hay Iglesia, y quienes seguimos esa voz somos Iglesia. La Palabra y el Espíritu en la Palabra la crean y sustentan. Los clérigos sirven cuando repiten la voz, y los sacerdotes bautizados sirven cuando usan la Palabra como testimonio. Esa comprensión simple y pura sostuvo al sacerdocio bautizado a través de los furiosos argumentos sobre la Iglesia que continuaron hasta el final de la vida de Lutero. No es diferente para el sacerdocio de los creyentes en la actualidad.

Cuando Lutero murió en Eisleben en 1546, en su cama se encontró un trozo de papel. Luego de haber escrito miles de páginas y más de cien volúmenes, allí estaban escritas sus últimas palabras. Han sido coloreadas por las artes del Renacimiento, con referencias a la antigüedad clásica a la cual Lutero se adhería, “bautizado”, por así decirlo, como decía acerca de la vida del creyente.

Nadie que no haya sido pastor o campesino durante cinco años puede comprender a Virgilio en las Bucólicas y Geórgicas. Sostengo que nadie puede comprender a Cícero en sus cartas, a menos que haya estado involucrado en el gobierno del estado durante veinte años. Y que nadie que no haya guiado congregaciones con los profetas durante cien años crea que ha conocido completamente la Sagrada Escritura. Por causa de esto, el milagro en Juan el Bautista, en el Cristo y en los apóstoles es tremendo. No pongas tu mano en esta divina *Eneida*, sino arrodíllate ante ella y adora todos sus trazos. Somos mendigos. Esto es verdad.¹⁴¹

La experiencia de vida nos ayuda a comprender los textos de Virgilio en la vida agrícola, de Cícero en política y de gobierno y de las Escrituras. Pero notemos: ¿durante cien años?! ¿Imposible? Sí, y por lo tanto, lo logrado por Cristo y los otros es sin duda milagroso. Pero si bien la experiencia ayuda a comprender los textos, éstos, y particularmente los que entregan la Palabra, también obran desde sí mismos. Se dirigen al creyente y lo sostienen cuando ya no le es suficiente apoyarse en su propia historia. La Palabra hace al creyente, hace sacerdotes a partir de la fuente. La Palabra

¹⁴⁰ LC Artículos de Esmalcalda III 12:2, 326. Ver también FC DS X 19, 668.

¹⁴¹ AE 54:476; WA-Tr 5:5677.

hace a la Iglesia. Y la Iglesia constantemente usa la Palabra, porque el aprendizaje y el crecimiento de la única cosa necesaria nunca terminan.

¿Y la respuesta del sacerdocio? Hay un dicho atribuido a Lutero: *Wenn zur Theologie kommt, eine gewisse Bescheidenheit gehört dazu*. “Cuando se trata de la teología, se requiere cierta modestia”. Modestia. No presume decir que conoce completamente y ha agotado la Palabra, hasta que no haya estado haciendo esto durante cien años (¡al menos!). Modestia. Dicho de otra forma: asombro, admiración y alabanza. La *Eneida* es la historia de Virgilio en la cual Eneas tuvo que abandonar su antigua ciudad caída de Troya, devastada por la guerra, y encontrar su camino a una nueva ciudad, un nuevo lugar: Roma. Es la historia de un camino, de una odisea por la vida. La “*Eneida* divina” es la Biblia, la historia de otra peregrinación desde el Edén hacia y a través de la cruz y la tumba vacía, a un lugar nuevo, a un cielo y una tierra nuevos, e incluso ahora en el camino, la culminación de una nueva vida por gracia y promesa.

La historia aún no está terminada. Las personas siguen viajando. Y mientras lo hacen, esa Palabra los hace sacerdotes para servir en el camino, dando gracias por lo que son, elevando doxología por la forma en que llegaron a ser sacerdotes y por todo lo que la Palabra hace, y proclamando el mensaje de esa *Eneida* Divina: la Palabra de salvación que hace más y más sacerdotes, que hace a la Iglesia de Cristo. ¿Cien años de experiencia para tener las cosas bajo control? ¡Ni por asomo! Pero quienes formamos el sacerdocio de los creyentes escuchamos y conocemos la voz del Pastor y sabemos que este es el camino a seguir.

V. CONCLUSIÓN

“Él [Jesucristo] nos amó; con su sangre nos lavó de nuestros pecados, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre. Por eso, a él sea dada la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.”
Apocalipsis 1:5-6

ESTE ESTUDIO ESTÁ NECESARIAMENTE LIMITADO de varias formas. Por ejemplo, no explora la doctrina del sacerdocio real en el tiempo que sigue a la Reforma y, por lo tanto, no rastrea su historia reciente en la LCMS. Tampoco provee sugerencias de aplicaciones profundas y extensivas para el sacerdocio real en la iglesia actual. La convención de la LCMS del 2007 dirigió a la CTCR a que “prepare un documento de estudio comprensivo que presente claramente la enseñanza bíblica del sacerdocio real y la enseñanza de Lutero sobre la vocación”. La resolución agregó luego que este estudio se debía llevar a cabo “a la luz de los desafíos misionales de hoy.”¹⁴² Eso es lo que la Comisión ha buscado hacer en las secciones anteriores, indicando en cada lugar no solo la enseñanza bíblica, sino también cómo esa enseñanza asume y dirige un rol significativo para el laicado, la totalidad del sacerdocio real, en la obra misionera de la iglesia, dando a conocer los poderosos actos de Dios a todas las personas.

Las siguientes conclusiones fluyen de las páginas previas. Ellas resumen la enseñanza bíblica sobre el sacerdocio real, así como la de Lutero y permiten ver las conexiones cruciales y necesarias del sacerdocio real con “los desafíos misionales de hoy” y, de hecho, de todos los días.

1. El Sacerdocio Real es una forma bíblica de identificar, enseñar y confesar la “única Iglesia santa, católica (cristiana) y apostólica”. Es decir, el sacerdocio real incluye a todos los creyentes “de toda raza, pueblo, lengua y nación” a quien Dios ha hecho un reino de

sacerdotes (AP 5:9-10) obrando en ellos la fe en Cristo por el poder del Espíritu Santo.

- 2.** Las personas se vuelven sacerdotes del real sacerdocio, la Iglesia, por las promesas de salvación del Bautismo en Cristo, donde reciben el lavado de la regeneración, el perdón de pecados y el don del Espíritu Santo (JN 3:5; HCH 2:38-39; TIT 3:5).
- 3.** El real sacerdocio encuentra su identidad solo en Cristo, el Gran Sumo Sacerdote y único mediador entre Dios y el hombre. Los sacerdotes reales son, entonces, llamados a vidas de mediación sacerdotal entre Dios y el mundo. Ofrecen sacrificios vivos de agradecimiento (no sacrificios de mérito o expiación). Interceden en oración en nombre de todas las personas. Dan a conocer las excelencias de Dios en Cristo: compartiendo su Palabra, dones y bendiciones con todas las naciones. (VER 1 TIM. 2:5; RO 12:1; FIL 4:6; 1 P 2:9.)
- 4.** Como pueblo de Dios, tanto en forma corporativa como individual, mediamos la verdad de la salvación y vida de Dios al mundo que nos rodea. Cada creyente individual es llamado a confesar la fe a otros, dado que la misión de la iglesia toda, o sea, de todo el real sacerdocio, es hacer discípulos de las naciones (Mt 28:19-20). Los miembros del real sacerdocio comparten ese llamado al defender la esperanza con que viven cada día de sus vidas (1 P 3:15).
- 5.** Cada sacerdote real debe ejercer las funciones del sacerdocio real: sacrificio, oración, proclamación, de tal forma que esté de acuerdo con sus vocaciones dentro de los tres estados del hogar, la iglesia y la sociedad. (VER EF 5-6; COL 3; 1 TIM 2.)

¹⁴² “2007 Resolución 1-03,” primera resolución.

6. El Espíritu Santo está obrando allí donde la obra salvadora de Dios en Cristo es dada a conocer, sea que el mensaje es dado por un laico o un pastor. Solo el Evangelio tiene poder de salvación (Ro 1:16). Esto significa que la proclamación del Evangelio hecha por miembros del sacerdocio real al hablar de Cristo a otros en la casa, con otros creyentes y en la sociedad, es un medio de gracia efectivo a través del cual el Espíritu Santo crea y nutre la fe salvadora (Hch 11:19-24).
7. El sacerdocio real no socava o niega el Oficio del Ministerio Público que Cristo da a la Iglesia. De diversas maneras, los miembros del sacerdocio real eligen individuos de entre ellos que están equipados para enseñar y son llamados en forma ordenada para realizar las funciones específicas del Oficio del Ministerio Público. (Ver 1 Co 4:1; 12:28-29; Ef 4:11; St 3:1; Tit 1:5.)

Habiendo completado este informe, la Comisión está preparando un estudio bíblico para uso congregacional.

“Él nos amó; con su sangre nos lavó de nuestros pecados, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre. Por eso, a él sea dada la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.” Apocalipsis 1:5-6

Adoptado septiembre 15, 2018